

El Eclesiástico

Preámbulo

El Santísimo Profeta Malaquías, en la Cueva de Belén, escribió su segundo libro, llamado el Eclesiástico, poco tiempo antes de su despedida de la Tierra, que fue el día 16 de julio del año 5180. Este libro fue atribuido a Jesús de Sirac.

Capítulo I

Dios Uno y Trino es por esencia la Divina Sabiduría

La verdadera sabiduría viene del Señor Dios, que es la Sabiduría Increada; pues, en Él está eternamente, ya que la Sabiduría existía en Dios antes de que fuese creada cosa alguna.

La Sabiduría Eterna de Dios, la cual precede a todas las cosas, ¿quién es el que la ha comprendido en su infinitud, sino sólo Él?

Antes de que Dios creara cosa alguna, ¿quién tenía contadas ya las arenas del mar, las gotas de la lluvia y los días de los siglos, sino Dios que es la misma Sabiduría? ¿Y quién tenía medido ya la altura del Cielo, la extensión de la Tierra y la profundidad de los abismos, sino Dios que es la misma Sabiduría?

Capítulo II

El Alma de Cristo es por justicia la Sabiduría Creada

1. Lo primero que Dios creó, fue el Alma Divinísima de Cristo, conforme estaba concebida en la Mente Divina desde toda la eternidad. El Alma de Cristo es por justicia la Sabiduría Creada.

La Sabiduría alabará su Alma, y Ésta será honrada en Dios, y glorificada en medio de su pueblo.

Ella abrirá su boca en medio del Pueblo de Dios, y será glorificada entre los hombres, a la vista de los ojos del Altísimo.

En medio de su pueblo será ensalzada, y será admirada en la congregación de los santos.

Y recibirá alabanzas de la muchedumbre de los escogidos, y será bendita entre los benditos, y dirá de Sí:

«Yo salí de la boca del Altísimo, primogénita antes que toda criatura.

Yo hice que naciese en los Cielos la luz que nunca falta, y sobre una niebla cubrí toda la Tierra.

Yo habité en las alturas, y puse mi trono sobre una columna de nube.

Yo abarqué el Universo, y penetré por el profundo abismo, y me paseé en las ondas del mar.

Y en todos los pueblos y en todas las naciones, Yo tuve la primacía.

Yo sujeté bajo mi poder los corazones de los grandes y de los pequeños.

Y en ellos busqué donde posar, y fijé mi morada en la heredad del Señor Dios.

Entonces, mandó y me dijo el Creador de todas las cosas, y reposó en mi Tabernáculo. Y el que me crió, me dijo: 'Habita en Jacob, ten tu herencia en Israel, y en mis escogidos echa raíces'».

2. He aquí la interpretación de los anteriores textos: «*La Sabiduría alabaré su Alma*»: El Verbo Divino, que es la Sabiduría Increada, se apropió el Alma Divinísima de Cristo, que es la Sabiduría Creada, la cual quedó glorificada con suma plenitud de Gracias, para que fuera honrada y alabada por todas las demás criaturas, y más especialmente por los fieles de la Santa Iglesia de todos los tiempos. «*Yo salí de la boca del Altísimo, primogénita antes que toda criatura*»: El Alma Divinísima de Cristo fue creada antes que cualquier otra criatura, y como primogénita que es, ejerce la supremacía sobre todas las demás. «*Yo hice que naciese en los Cielos la luz que nunca falta, y sobre una niebla cubrí toda la Tierra*»: Esa luz es el Alma Divina de María, creada por Dios a instancia del Alma de Cristo y por medio de Ésta. La niebla es el Alma de María, a través de la cual actuó en la Tierra el Alma de Cristo preexistente. «*Yo habité en las alturas, y puse mi trono sobre una columna de nube*»: El Alma de Cristo preexistente, con suma plenitud de visión beatífica, se entronizó en el Alma de María, figurada por la columna de nube, y actuó en la Tierra a través de Ésta. Al Alma de Cristo le fue dada la primacía y el poder sobre todo el universo, al cual abarca plenamente, y puso su morada en la Iglesia Santa, que es la heredad del Señor. Las palabras «*entonces, mandó y me dijo el Creador de todas las cosas, y reposó en mi Tabernáculo*», significan que el Alma de Cristo, después de ser creada, reclamó la inmediata creación del Alma de María, y que Ésta quedó creada, a través del Alma de Cristo, diciendo Dios: «*Hágase el Alma Divina de María*»; en ese mismo instante, el Alma Divinísima de Cristo y toda la Augustísima Trinidad, quedaron entronizadas en el Alma de María, que quedó constituida Tabernáculo de Dios. Las palabras: «*Y el que me crió, me dijo: 'Habita en Jacob, ten tu herencia en Israel, y en mis escogidos echa raíces'*», se están refiriendo a la Iglesia de Dios de todos los tiempos, tanto en su aspecto invisible como visible.

Capítulo III

El Alma de María es por Gracia la Divina Sabiduría

1. Después del Alma Divinísima de Cristo, y antes que cualquier otra cosa, Dios creó el Alma Divina de María conforme estaba concebida en la Mente Divina desde toda la eternidad. El Alma de María es por Gracia la Sabiduría Creada, y dice de Sí:

2. «*En el principio fui creada, segundogénita antes que toda criatura. Y no dejaré de existir por todos los siglos venideros. Yo ejercité el ministerio mío delante de Dios en la Morada Santa; y así, afirmada soy en Sión, y reposo en la Ciudad Santa, y en Jerusalén está mi trono. Y me arraigué en un pueblo escogido, en la porción de mi Dios, la cual es su heredad, y mi mansión fue en la plenitud de todos los santos.*

Encumbrada estoy cual cedro sobre el Líbano, y cual ciprés sobre el Monte Sión; ensalzada estoy como la palma de Cades, y como el rosal plantado en Jericó. Estoy elevada como hermoso Olivo en los campos, y como plátano en las plazas junto al agua. Como cinamomo y bálsamo aromático, despido fragancia; como mirra escogida, doy suavidad de olor. Está llena mi habitación de odoríficos perfumes, de mirra y de incienso; y mi fragancia es como bálsamo virgen. Yo extendí mis ramas como árbol frondoso, y están llenas de majestad y hermosura. Yo, como vid, doy frutos de suave olor, y mis flores son frutos de gloria y de riqueza.

Yo soy la Madre del Amor hermoso, y del Temor, y de la Ciencia, y de la Santa Esperanza. En Mí está toda la Gracia del Camino y de la Verdad; en Mí, toda esperanza de vida y de virtud. Venid a Mí todos los que me amáis, y saciaos de mis dulces frutos. Porque mi Espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más suave que el panal de la miel. Se hará memoria mía en las generaciones de los siglos. Los que de Mí comen, tendrán siempre hambre de Mí; y los que de Mí beben, tendrán siempre sed de Mí. El que me escucha jamás será confundido; y los que se guían de Mí, no pecarán. Los que me den a conocer obtendrán la vida eterna».

Capítulo IV

Las Almas de Cristo y María fueron inundadas de la Divina Sabiduría

El principio de la Sabiduría, ¿a quién ha sido revelado?; y sus designios, ¿quién los conoció?; la disciplina de la Sabiduría, ¿a quién fue revelada y manifestada?; y sus secretos caminos, ¿quién los entendió? El Alma de Cristo, en el mismo instante de ser creada unida al Verbo Divino, fue inundada de la Sabiduría de Dios con suma plenitud: Penetrando sus misterios, entendiendo sus designios, conociendo sus caminos y cumpliendo la voluntad divina. El Alma de María, desde el instante de ser creada desposada con el Alma de Cristo, fue inundada de la Sabiduría de Dios con plenitud: Penetrando sus misterios, entendiendo sus designios, conociendo sus caminos y cumpliendo la voluntad divina.

El Dios Altísimo, Uno y Trino, Creador Omnipotente, Rey temible y misericordioso, que está sentado sobre el trono eterno como Dominador Absoluto, Él fue el que creó la Divina Sabiduría, y la vio, la contó y la midió, en el Espíritu Santo, Propulsor de toda Creación. Y mediante el Espíritu Santo, la derramó sobre los seres angélicos y humanos, y la sigue derramando a los hombres, según su liberalidad, y con más profusión a los que le aman. El Alma de Cristo fue creada por Dios y en Dios; Quien, después de haberla creado, se contempló en Ella como su Imagen perfecta, Vía ejemplar de toda la creación. Todas las obras de la Creación están impregnadas de Cristo, el Cual vierte los dones divinos según su beneplácito, y a la medida que la criatura corresponde a las Gracias recibidas. La Divina Sabiduría habita en las almas en estado de Gracia, las cuales están en posesión de la verdadera caridad, que es el amor de Dios.

Capítulo V

El Verbo Divino Humanado es la Fuente de la Divina Sabiduría

1. En virtud de su indisoluble unión con el Verbo Divino, el Alma Divinísima de Cristo quedó constituida Fuente de la Divina Sabiduría; y la puerta de acceso a Ella son los mandamientos eternos.

2. En la Divina Sabiduría está contenido el Libro de la Vida, que es el testamento del Altísimo y la doctrina de la Verdad: Dios transmitió la Sabiduría de su Ley a Moisés, y la dejó en herencia a su Iglesia conforme a la Santa Alianza hecha con ella. Dios prometió a su siervo David que había de nacer de él el rey fortísimo, el Cristo que se sentaría sobre un trono de gloria para siempre, Quien rebosa de Sabiduría en suma plenitud.

3. Cristo, en cuanto Dios, es la Sabiduría Increada; y en cuanto Hombre, es la Sabiduría Creada. La Humanidad de Cristo es la primera que conoció la Divina Sabiduría, y la única que la conoce en la mayor magnitud que es posible en una criatura. Todas las demás, sólo pueden llegar al conocimiento de la Sabiduría a través de Cristo, porque los pensamientos de la Sabiduría son más extensos que el mar, y sus consejos más profundos que el mayor de los abismos.

4. La Divina Sabiduría lo inunda todo de inteligencia. Ella derrama la ciencia como luz esplendorosa que todo lo anega. Pues así lo ha prometido la Sabiduría diciendo: *«Derramaré ríos de agua viva y celestial. Yo, como canal inagotable, regaré los plantíos de mi huerto y hartaré de agua los frutos de mi prado, desbordándome generosamente. Porque la luz de mi doctrina, con la que ilumino a todos, la esparzo como la de la aurora, y seguiré esparciéndola en este mundo hasta la consumación de los siglos, y por toda la eternidad. Yo penetraré con mis sabios consejos hasta lo más recóndito de la Tierra, y echaré una mirada sobre los que viven en la ignorancia, a fin de darles oportunidad de que los conozcan. Yo proseguiré derramando sin cesar la Sabiduría como promesa de salvación, la daré muy cumplidamente a los que la buscan, y la dejaré por herencia a mi Iglesia. Yo no trabajo por Mí, sino para todos aquellos que andan en busca de la verdad. Yo iluminaré con la luz inextinguible a todos los que fielmente esperan en Mí y perseveran en mi Gracia».*

Capítulo VI

Dios, Creador de todas las cosas

El que vive eternamente creó todas las cosas simultáneamente.

Escucha, hijo mío, y aprende mis enseñanzas, y medita en tu corazón las palabras que voy a decirte; pues, yo te daré instrucciones muy acertadas, y te manifestaré la escondida Sabiduría.

Aplicarte de corazón a atender mis palabras, que yo, con ánimo sincero, te diré las maravillas que esparce Dios en sus obras desde el principio, y te mostraré con toda verdad su ciencia.

En perfecto orden, Dios concibió sus obras; y desde su creación, les dio unas leyes y les asignó un oficio según sus naturalezas.

Al primer hombre, Dios le creó a su imagen y semejanza, y le revistió de la virtud que correspondía a su naturaleza, a su dignidad y a su estado, y le dio el dominio sobre todas las demás cosas creadas inferiores a él. Luego, de su costilla, formó Dios a la primera mujer para esposa suya.

Dios les dio a ambos un alma inteligente, y les dio sabiduría, ciencia, virtud y visión beatífica; con poder de apreciar la grandeza de sus obras, de alabar su Santo Nombre y pregonar sus maravillas. Los puso Dios en posesión de una ley de vida, y estableció con ellos un pacto eterno.

Ambos contemplaron con sus ojos la grandeza de la gloria de Dios, y con sus oídos oyeron la majestuosa voz divina, que les imponía una obediencia a cumplir, como prueba de lealtad.

Y mientras los otros seres del reino animal, vegetal y mineral, cumplían con sus respectivas leyes impuestas por Dios, sin embargo, el primer hombre y la primera mujer, usando mal de sus libertades, desobedecieron el mandato impuesto a ellos pecando contra su Creador. Mas, cuando ellos se arrepintieron de su pecado, Dios les perdonó y también les dijo: «*Guardaos de toda iniquidad*».

Capítulo VII

Dios, Magnificente en sus obras

Hijos, voy a traeros a la memoria las maravillas de Dios: Por la palabra del Señor existen sus obras.

Como el sol resplandeciente ilumina todas las cosas, así toda obra del Señor está llena de su magnificencia.

¿Por ventura no ordenó el Señor que los santos pregonasen todas las maravillas que hizo Él durables a fin de perpetuar su gloria? Él es el Todopoderoso que penetra los abismos y los corazones de los hombres, y penetra todos los secretos; porque la Sabiduría de Dios es infinita, conoce lo pasado y lo venidero, y nada se esconde a su mirada, ni se le escapa pensamiento ni palabra alguna. Todo lo que creó lo hizo muy hermoso con su Sabiduría, y nada tiene que añadir ni quitar a su obra. Él existe antes de los siglos y por todos los siglos, y siempre permanece inmutable.

¡Oh, cuán amables son todas las obras de Dios! Y eso que sólo es como una chispa, lo que de ellas podéis comprender.

Todas las cosas creadas por Dios, se distinguen unas de otras por sus respectivas naturalezas y particularidades, y ninguna de ellas es inútil, ya que todas necesitan de las demás.

Todas las cosas creadas están sometidas al poder de Dios, quien las conserva, y ellas siguen unas leyes por Él establecidas.

La gloria de Dios, ¿quién se saciará de contemplarla?

¡Terrible es el Señor, grande sobremanera, y su poder es admirable! Glorificad al Señor cuanto más pudiereis, que quedará Él superior a vuestras alabanzas, siendo como es prodigiosa su providencia.

Benedicid al Señor, ensalzadlo cuanto podáis con todas vuestras fuerzas, y no os canséis, que jamás llegaréis a término.

Muchas son sus obras que ignoráis, pues es poco lo que de sus obras sabéis.

Pero todo lo hizo el Señor, y a los que viven virtuosamente les da la Sabiduría a perpetuidad en el Cielo para conocerle de verdad a Él conforme a los méritos adquiridos en la Tierra.

Capítulo VIII

Dios, Providente en sus obras

Hay un orden en el Universo puesto por la Sabiduría de Dios, y que obedece a las leyes naturales por Él establecidas. Por eso, bajo un mismo sol inmóvil y perenne en su luz, un día sigue a otro sucesivamente, y cada uno tiene sus particularidades que les diferencian.

De estos mismos días, a unos los calificó Dios de festivos y sagrados, y a otros dejó en el número de los comunes o laborables.

Todos los seres humanos que pueblan la Tierra, aunque proceden del primer hombre y de la primera mujer, sin embargo, cada uno tiene sus características, cualidades y condiciones particulares, pues el Señor los distinguió entre ellos por su Infinita Sabiduría.

A todos ellos, Dios les dio una ley santa que cumplir, y a unos bendijo, ensalzó, consagró y tomó para Sí, por su fidelidad a los mandamientos divinos; y, sin embargo, a otros maldijo, abatió y arrojó de Sí, por su infidelidad a dichos mandamientos.

Como el barro está en manos del alfarero para hacer y disponer de él lo que quiera según su juicio y arbitrio, así los hombres están en manos de su Creador, pues es el que les da la existencia, se la conserva o pone fin a la misma. Además, Dios es el que les da las Gracias suficientes para que se puedan salvar; si bien, en este orden de la salvación, Dios respeta la libertad humana dada por Él, para que el hombre elija entre el bien o el mal, entre la vida eterna o la muerte eterna; y tanto el justo como el pecador, serán juzgados según el justo juicio de Dios, y sentenciados a destinos opuestos.

Capítulo IX

Dios es Justo con sus criaturas

Dios, Rey invencible, es infinitamente justo.

¿Quién podrá evadirse de la justicia de Dios?

No hace Dios acepción de personas: Él quebranta la altivez de los poderosos, aniquila la multitud de los soberbios y desmenuza los cetros de los inicuos, dando el castigo a los hombres conforme a la maldad de sus obras. Él no parará hasta que haya hecho justicia premiando a los justos y castigando a los impíos.

La asamblea de los obstinados pecadores será abrasada por el fuego eterno, y sobre la nación de los incrédulos se inflamará la Ira de Dios.

Implacable se mostró Dios a los pecados de los antiguos gigantes, los cuales confiaron vanamente en sus fuerzas, y fueron tragados por el diluvio.

No perdonó Dios la ciudad en que habitaba el justo Lot, sino que derramó su cólera sobre los habitantes por sus muchas abominaciones; no tuvo lástima de los que hacían gala de sus lujuriosos deleites.

Y de la misma manera obró Dios con otros muchos que incurrieron en esas y otras perversidades. Ni uno solo que endurezca su cerviz, quedará impune de su Ira.

Porque la misericordia y la justicia están con el Señor: Y lo mismo puede aplacarse que descargar su enojo; y así como usa de misericordia, así también castiga. Él juzga al hombre según sus obras.

Por tanto, no escapará el pecador al castigo según sus deméritos; ni quedará el justo sin la recompensa según sus méritos.

No digas: *«Desde las alturas, ¿quién me va a ver y va a pensar en mí? Nadie me reconocerá en este mundo en medio de tan gran muchedumbre; pues, ¿qué es mi persona entre tanta infinidad de criaturas?»*

Mas, yo te digo: *«Insensato es tu pensamiento: ¡Mira!, el Cielo, la Tierra y los abismos, y cuanto en ellos se contiene, tiemblan en la presencia de Dios; los montes y los cimientos de la tierra se estremecen cuando Él los mira». Y tú, sin embargo, dices: «¿Dios va a mirarme a mí?, ¿Él va a conocer todos mis pasos? Si pecco, ¿me podrán ver sus ojos? Si miento a escondidas, ¿Él lo va a saber? ¿Él va a conocer también las buenas obras que yo pudiera hacer? Por tanto, ¿qué puedo esperar por vivir atado a la Ley?»*

Y yo te respondo: *«Dios está viendo todos los corazones, sus decretos están muy distantes de las ideas que se forman algunos, pero a todos se ha de pedir estrecha cuenta al fin de sus vidas. Y ¿quién será capaz de sufrir la justicia vengadora de Dios?»*

Capítulo X

Dios es Misericordioso con sus criaturas

Dios, Rey Invencible, es infinitamente misericordioso.

¿Quién podrá enumerar las misericordias de Dios?

¿Qué es el hombre? ¿Y en qué puede ser útil a Dios sin la Gracia? ¿Y cuál es su bien, sino el que le viene de Dios? ¿Y cuál es su mal, sino el que le viene de su misma naturaleza caída y consentimiento en el pecado?

Pocos son los días del hombre en la Tierra, pues vienen a ser más insignificantes que una gota de agua en el mar y que un granito de arena en el desierto, en comparación con la eternidad.

Dios, no sólo manifiesta a los hombres los caminos de la salvación, sino que, además, es paciente y misericordioso con ellos, conociendo sus temerarias osadías y sus perversas obstinaciones.

El Señor es clemente con los hombres: Les enseña, les amonesta y les guía como buen Pastor a su grey.

Él es magnánimo con los que escuchan la doctrina de su misericordia y son solícitos en la práctica de sus preceptos.

Cuán amable es la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulación. Es como las nubes que se deshacen en agua en tiempo de sequía.

Capítulo XI

El Santo Temor de Dios es el principio de la Divina Sabiduría

El Santo Temor de Dios es gloria y honor; es prudencia, alegría y corona de triunfo.

Al que teme al Señor, le irá bien en sus postrimerías, y será bendito en el día de su muerte.

El temor a Dios es sabiduría gloriosa, y los que la poseen, la aman y reconocen sus grandezas.

El principio de la Sabiduría es el Santo Temor de Dios, el cual es infundido a todo ser humano en el seno materno, es tenido en cuenta para los que son fieles a Dios, y se manifiesta en la conducta de los justos.

Con el temor de Dios se hace buen uso de la ciencia humana.

La verdadera religiosidad nace del temor de Dios, guarda y justifica el corazón humano, y le da gozo y alegría.

Al que teme a Dios, le irá bien, y será bendito en el día de su fallecimiento.

El temor de Dios es la plenitud de la sabiduría, la cual embriagará con sus frutos a quien la tiene; pues, con sus bienes colmará su alma, y con sus tesoros su corazón.

Corona de Sabiduría es el temor del Señor, que llena el alma de paz y de frutos de salvación.

El temor de Dios ve y valora la Sabiduría según la correspondencia del hombre a la Gracia; lo cual es un don de Dios.

La Sabiduría derrama como lluvia la ciencia, el conocimiento y la inteligencia, y acrecienta la gloria de aquellos que la poseen.

El temor de Dios es la raíz del árbol de la Sabiduría en el hombre, y sus ramas conducen a la vida eterna.

En los tesoros de la Sabiduría se halla la verdadera ciencia religiosa; mas, para los pecadores, la Sabiduría es abominación.

El temor del Señor destierra el pecado; quien no tiene ese temor, no podrá ser justo; y quien con él persevera, evitará la ruina eterna.

Por cierto tiempo sufrirá el que padece; mas después será consolado.

El hombre sensato premeditará antes de hablar; y por su prudencia será alabado por muchos.

En los tesoros de la Sabiduría están las máximas de la buena conducta de vida; mas, el pecador, tiene por execrable el culto y el servicio de Dios.

Qué grande es el que halla la Sabiduría, pero más grande lo es por poseer el temor de Dios del cual ella le viene.

Pues, el temor de Dios, sobrepuja todas las cosas.

Bienaventurado el hombre a quien le ha sido concedido el don del Santo Temor de Dios. ¿Con quién compararéis a quien lo posee?

El temor de Dios es el principio del verdadero amor, que implica necesariamente la profesión de la verdadera Fe.

Capítulo XII

Frutos de la Divina Sabiduría

La Sabiduría infunde vida a sus hijos, y acoge a los que la buscan; e irá delante de ellos en el camino de la virtud.

Quien ama la Sabiduría, ama la verdadera vida; y los que velan para hallarla, gozarán de su suavidad.

Los que poseen la Sabiduría, heredarán la vida eterna; y en donde ella entrare, Dios dará la bendición.

Los que sirven a la Sabiduría, dan culto a Dios, el Santo de los Santos; y los que la aman, aman a Dios.

Quien oye a la Sabiduría, será juez de las naciones; y el que no la pierde de vista, vivirá seguro a su amparo.

Quien pone su confianza en la Sabiduría, la tendrá por herencia; pues, la Sabiduría andará con él, le afianzará en la virtud, le allanará el camino, le llenará de alegría, le descubrirá sus misterios y le enriquecerá con un tesoro de ciencia y de conocimiento de la justicia.

Mas, el que se desviare de la Sabiduría, ésta le desampará y le dejará eternamente en manos del enemigo infernal.

La mano del artífice se alaba por su obra, la boca del prudente se alaba por su Sabiduría.

Bienaventurado aquel en quien habita la Sabiduría, medita en su justicia y piensa con cordura en la Providencia divina. Bienaventurado el que estudia en su corazón los caminos de la Sabiduría, y entiende sus secretos, y va en pos de ella siguiéndole las huellas, y está al acecho de sus pasos; el que mira por sus ventanas y escucha en sus puertas; el que vigila cerca de su casa, y asienta bajo sus ramas su propia tienda; pues, será protegido de la inclemencia y gozará para siempre de gloriosa paz.

El que teme a Dios, hará buenas obras, y el que observa la ley poseerá la Sabiduría, pues Ella le saldrá al encuentro como madre amorosa, y le acogerá como esposa virginal. Le alimentará con pan de vida, y le dará a beber el agua de la ciencia y de la salvación.

En la Sabiduría se apoyará, y no vacilará; pues, ella será su sostén. No se verá jamás confundido, sino que será ensalzado en la asamblea de los justos, será henchido del espíritu de ciencia e inteligencia divinas, de gozo y regocijo, y será revestido del manto de la gloria perdurable, con un eterno renombre.

Los hombres necios no lograrán la Sabiduría porque está lejos de la soberbia y del dolo. Los mentirosos no tratarán con ella. Pues, de Dios salió la Sabiduría, y es dada a los humildes y veraces, a los cuales conducirá hasta el goce de la vista de Dios.

Si persigues la Sabiduría, la alcanzarás, y te vestirás de ella como con rica túnica, y vivirás con ella, y te amparará para siempre, y en el día del juicio hallarás en ella firmeza.

Las aves van a juntarse con sus semejantes, así la verdad va siempre en pos de quien la pone en práctica.

El león asecha la presa, y el pecado asecha siempre al hombre: Pero, la Sabiduría, ilumina y fortalece el alma para vencer la tentación.

Sabiduría oculta y luz escondida, ¿de qué sirven ambas cosas?

Capítulo XIII

La Divina Sabiduría sobrepuja a cualquier cosa temporal

El vino y la música alegran el corazón; pero, más que ambas cosas, lo alegra el amor a la Sabiduría.

La flauta y el salterio causan dulce melodía; pero, más que ambas cosas, la causa la lengua suave y caritativa.

La gentileza y la hermosura recrean la vista; pero, más que ambas cosas, la recrea el verdor de las buenas obras.

El amigo y el compañero son útiles a su tiempo; pero, más que ambos, lo es la mujer prudente para el marido.

Los hermanos y parientes sirven de socorro en el tiempo de la aflicción; pero, más que ambos, servirá la misericordia salvadora de Dios.

El oro y la plata ayudan al hombre; pero, más que ambas cosas, le ayuda el buen consejo.

La ciencia y el valor enaltecen el corazón; pero, más que ambas cosas, le enaltece el temor de Dios; pues, el que tiene el temor del Señor, nada le falta, y con él no hay necesidad de otro auxilio.

El gozo santo de un corazón bueno es mejor que todos los deliciosos manjares; y cuanto coma, aunque sea frugal, siempre le aprovecha.

El temor del Señor es como un paraíso de bendiciones, cubierto de gloria sobre toda gloria.

Capítulo XIV

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre las funestas consecuencias del pecado original

A consecuencia del pecado original, una penosa tarea se impuso a todo hombre; y un pesado yugo oprime a los hijos de Adán y Eva desde el día en que son concebidos en el seno de su madre, hasta el día que vuelven a la tierra, de la cual fueron hechos.

Los trabajos, las preocupaciones, los temores, y el pensamiento continuo de la muerte, embargan el corazón de cada hombre: Desde el que está sentado sobre un glorioso trono, hasta el que yace por tierra y sobre la ceniza; desde el que lleva púrpura y corona, hasta el que se viste con groseras pieles.

A consecuencia del primer pecado, el corazón del hombre vive turbado por los avatares de la vida, en la cual sobreabunda la saña, los celos, los alborotos, las

zozobras, las tentaciones, los rencores, las contiendas, el temor de la muerte; y hasta en el tiempo del descanso en el lecho, los malos sueños perturban su mente.

Breve es en esta vida el reposo del hombre; pues, aun el mismo sueño, está sobresaltado como el que está de centinela frente al enemigo.

Todo esto sucede a todo ser humano viviente; mas, en los pecadores, es aún mucho peor.

A consecuencia del pecado, Dios permite en el mundo el derramamiento de sangre, las contiendas, las guerras, las opresiones, el hambre, la ruina y los azotes.

Todo cuanto de la tierra viene, en tierra se convertirá, así como todas las aguas vuelven al mar.

Todas las injusticias acabarán, pero la rectitud subsistirá para siempre.

La posteridad de los impíos no echará brotes; pues las raíces de los malvados están sobre roca escarpada.

Capítulo XV

Exhortaciones para adquirir la Divina Sabiduría. Ventajas en seguir sus consejos

Hijo: Si deseas la Sabiduría, guarda los santos mandamientos, y Dios te la concederá; pues, la Sabiduría y la disciplina vienen del Señor Dios. Y lo que más le agrada es que el hombre confíe en Él y sea manso a sus disposiciones. Y al que tiene estas virtudes, le colmará de tesoros eternos.

Hijo, si estuvieras atento a los consejos de la Sabiduría, aprenderás la buena doctrina; y si aplicas tu inteligencia en ellos, serás sabio.

Escucha, hijo mío, y recibe en tu corazón mis sabios consejos, y nunca los deseches; y como fiel esclavo de la Sabiduría, mete tus pies en sus cepos, y tu cuello en su argolla; dale tus hombros, y no te molesten sus prisiones.

Si oyes a la Sabiduría, recibirás su doctrina; y si la amas, al escuchar serás sabio.

Con todo tu corazón, allégate a Ella, y con todas tus fuerzas guarda sus caminos. Búscala con Fe e insistencia, que Ella se te manifestará; y teniéndola ya contigo, no la abandones; pues, en las postrimerías hallarás en Ella reposo, y se te convertirá en dulzura.

Sus grillos serán para ti fuerte defensa y base de virtud; y sus argollas, vestidos de gloria; pues la Sabiduría es el decoro de la vida, y sus prisiones son ligaduras de salvación.

Con ella te revestirás con vestidos de gloria, y será para tu cabeza como corona de felicidad.

Hijo, abraza la buena doctrina desde tu niñez, y adquirirás una Sabiduría que durará hasta el fin de tu vida.

Como el que ara y siembra, aplícate a Ella, y espera sus buenos frutos; porque te costará un poco de trabajo su cultivo, mas luego comerás de sus buenos frutos.

¡Cuán sumamente áspera es la Sabiduría para los hombres necios! No permanecerá en su estudio el insensato; pues será para él como una pesada piedra de prueba que no tardará en lanzarla de sus hombros.

Porque la doctrina de la Sabiduría está llena de misterios, y pocos son los que los aceptan; mas, los que los aceptan y perseveran, serán conducidos a la presencia de Dios.

No seas rebelde al temor de Dios, ni te acerques a Él con corazón doble.

No seas hipócrita delante de los hombres; ni tampoco que tus labios sean para escándalo.

Ten cuidado, a fin de que no caigas y acarrees sobre tu alma la ignominia; no sea que, por haberte acercado a Dios con malignidad, doblez y engaño, Él descubra públicamente tus secretos, te excrete de su Iglesia, y te abata delante de todos.

Ten tus pensamientos en los preceptos de Dios, y medita continuamente en sus mandamientos, y Él te dará un corazón firme en el bien, y te será dada la Sabiduría según tu deseo.

El pensamiento de Dios esté fijo en tu alma, y sea toda tu conversación de los preceptos del Altísimo.

La Sabiduría ensalzará al humilde, y le dará asiento en medio de los magnates.

La Sabiduría, la ciencia, el conocimiento de la Ley, la caridad y los caminos del bien obrar, vienen de Dios. Por el contrario, el error y las tinieblas son consecuencia de los pecados; y los que en el mal se complacen, en el mal envejecen y perecen.

Capítulo XVI

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre el sabio y el necio

Es verdadero sabio el que observa la Ley de Dios, pues comprenderá mejor el espíritu de ella.

Como joya de oro es amada la Santa Ley por el prudente.

Quien no es instruido en el bien, no será sabio.

La ciencia del verdadero sabio rebosa como una inundación, y su consejo es como una fuente de vida.

Cualquier consejo bueno que oyere el sabio, lo alabará y lo tendrá presente delante de sí para su mayor provecho; mas, si lo oyere el necio, lo despreciará y lo echará detrás de sí.

El consejo del prudente es requerido en la Iglesia, y lo que dijere será meditado con mucha atención.

En la risa del sabio se trasluce su interna alegría; en la risa del necio se trasluce su interna amargura.

El sabio empleará bien su tiempo en la consideración de la Sabiduría de los Patriarcas y Profetas de Dios; recogerá en su corazón las máximas de estos hombres justos, y penetrará asimismo en el misterio de sus parábolas.

Además, se ocupará en el estudio de los proverbios y sacará el sentido oculto de ellos.

El sabio, despertándose muy de mañana, dirigirá su corazón al Señor que le creó, y se pondrá en oración en la presencia del Altísimo; abrirá su boca para orar,

y pedirá perdón de sus pecados; y si le place al Señor soberano, le llenará del espíritu de inteligencia y derramará sobre él, como lluvia, máximas de su Sabiduría. En la oración, también dará gracias al Señor y pondrá en práctica sus consejos y mandatos, y meditará sus ocultos juicios.

El sabio publicará la doctrina que ha aprendido, y se gloriará en la Ley del Testamento del Señor.

De muchos será alabada su Sabiduría, y jamás será echada en olvido, ya que no se borrarán su memoria, y su nombre vivirá de generación en generación.

Los pueblos pregonarán su Sabiduría, y la Iglesia celebrará sus alabanzas.

Mientras viva, su nombre será ilustre entre mil, y cuando descansa eternamente, poseerá gloria imperecedera.

Como un vaso roto es el corazón del necio, y no podrá retener ni una gota de sabiduría.

Como una casa en ruina es la sabiduría para el necio; y la ciencia para el insensato es palabra ininteligible.

Hay también una sabiduría para el mal, la cual es falsa y propia de los necios.

Como cepos en los pies y esposas en las manos, es aborrecible la Ley para el insensato.

El pie del necio es dado a meterse en la casa ajena; pero, el del varón prudente, es precavido de entrar.

El corazón de los necios está en su boca; y la boca de los sabios en su corazón.

Cuando el impío maldice al diablo, a su propia alma maldice.

Quien enseña al necio es como el que pega un tiesto roto.

Con un dormido habla quien discurre de la sabiduría con un necio; el cual, al fin del discurso, dirá: «¿Quién es éste?»

Llora tú por el muerto, porque se le acabó la vida; llora tú sobre el necio, pues se le acabó el seso.

La pésima vida del impío es peor que la misma muerte.

Capítulo XVII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la alabanza que ha de darse a Dios por sus obras

¿Quién es capaz de referir las obras de Dios, o quién puede investigar todas sus maravillas? El poder de su majestad, ¿quién podrá explicarlo?

Nada hay que quitar ni añadir en las admirables obras del Señor, ni hay quien pueda comprenderlas plenamente; pues, cuando el hombre piensa que lo sabe todo, no está más que al principio.

Oídme vosotros, los religiosos del Monte Carmelo:

Brotad como rosales plantados junto a las corrientes de las aguas.

Derramad suave aroma como incienso; echad graciosas ramas; floreced como azucenas; exhalad suave fragancia; entonad cánticos de alabanzas y bendecid al Señor en todas sus obras.

Ensalzad el Santo Nombre de Dios y alabadlo con la voz de vuestros labios y al son de las cítaras, y diréis así en loor suyo: «*Todas las obras del Señor son en extremo buenas*».

Oídme vosotros, todos los demás que servís al Señor:

A una voz suya se contuvo el agua como en un dique, porque a un mandato suyo se realiza todo cuanto Él quiere, y no hay quien impida su obra de salvación.

A su vista están las acciones de todos los hombres, y nada se oculta a sus ojos.

Él alcanza a ver todos los siglos, y nada hay admirable para Él; pues, nunca podrá decir: «*¿Qué es esto?, ¿para qué es esto?*»; porque todas las cosas fueron creadas por Él para sus fines.

Su bendición inunda como un río desbordado.

Como el diluvio inundó la Tierra, así la Justa Ira de Dios se derramará sobre los impíos.

Todas las cosas que Dios creó, son buenas; mas, muchas de ellas, los pecadores las convierten en malas.

La bondad de Dios le impulsó a crear todo lo que era necesario para la vida del hombre: El agua, el fuego, el trigo, el vino, el aceite, la miel, la sal, el vestido, los minerales y los vegetales, etc.

Todas las obras de Dios son buenas, y a su tiempo todas cumplen su destino; y no hay que decir: Esto es peor que aquello, porque, a su tiempo, todas las cosas cumplirán su fin. Cantad, pues, todos a una con vuestros corazones y vuestras bocas, bendiciendo el Nombre del Señor.

Capítulo XVIII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la perseverancia en medio de las pruebas

Oídme vosotros, los religiosos del Monte Carmelo:

Hijo, cuando entres en el servicio de Dios, persevera firme en la virtud y en el santo temor, y prepara tu alma para hacer frente a la tentación.

Humilla tu corazón, y sufre con paciencia las adversidades; inclina tus oídos y recibe los consejos prudentes, y no te impacientes en el tiempo de la tribulación.

Aguarda con esperanza a tu Dios, estréchate a Él, y sufre con paciencia, para que tu alma quede robustecida con la prueba y crezca más en la virtud.

Acepta cuanto Dios te envíe o permita; y en medio de los dolores sufre con constancia y lleva con paciencia tu abatimiento.

Pues, así como en el fuego son acrisolados el oro y la plata, los hombres gratos a Dios lo son en el horno de la tribulación.

En el horno se prueban las vasijas de tierra, y en las tribulaciones los hombres justos.

Capítulo XIX

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la confianza de los que temen a Dios

Confía en Dios, y Él te sacará a salvo. Endereza tu camino, y espera en Él. Conserva tu temor, y envejece unido a Él.

Los que teméis a Dios, aguardad confiados su misericordia, y no os apartéis de Él para que no caigáis en su Ira.

Los que teméis al Señor, confiad en Él, y no quedaréis defraudados de vuestra recompensa.

Los que teméis a Dios, esperad en Él; pues, para vuestro consuelo, os vendrá su misericordia.

Los que teméis al Señor, amadlo, y serán iluminados vuestros corazones.

Contemplad, hijos, las generaciones de los hombres, y veréis que el que confió en el Señor nunca fue confundido: Porque, ¿quién perseveró en sus mandamientos que fuese desamparado, o quién le invocó con humildad y sencillez, que haya sido por Él despreciado?

Capítulo XX

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la esperanza de los que temen a Dios

Piadoso y misericordioso es Dios, y en el día de la tribulación perdonará los pecados de los que vuelvan a Él contritos, ya que es protector de todos los que de veras le buscan.

Los que temen al Señor, no serán desobedientes a su palabra; y los que le aman, seguirán sus caminos.

Los que temen al Señor, buscarán las cosas que a Él agradan; y los que le aman, estarán penetrados de su Santa Ley.

Los que temen al Señor, prepararán sus corazones para servirle con rectitud, y en su servicio santificarán sus almas.

Los que temen al Señor, guardarán sus mandamientos, y conservarán la paciencia hasta el día que Él les visite.

Pues dirán entre sí: *«Si no hiciéremos penitencia, caeremos en las manos justicieras del Señor, cuya justicia es inmensamente más rigurosa que la de los hombres»*, porque si el Señor es infinitamente misericordioso, también es infinitamente justo.

De nada temblará ni tendrá miedo el que teme al Señor, pues Él es su esperanza.

Bienaventurada es el alma que teme al Señor, pues fijos están los ojos del Señor sobre los que le temen. Él es su fuerte escudo, su apoyo poderoso, el sustentáculo para no tropezar, el socorro en las caídas, el que eleva el alma y alumbra los ojos, y el que da salvación, vida y bendiciones.

Mas, ¡ay del que es de corazón doble, de labios malvados y de manos malhechoras!

¡Ay del que va sobre la tierra por dos caminos opuestos!

¡Ay de los hombres de corazón flojo y cobarde, que no confían en Dios!, pues no serán protegidos por Él.

¡Ay de aquellos que pierden el espíritu de sufrimiento, y abandonan los caminos rectos, y se van por sendas torcidas!

¿Qué harán cuando Dios les llame a juicio?

Capítulo XXI

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la observancia de la Ley de Dios

El que teme al Señor, abrazará su doctrina; y los que velaren en busca de Él, hallarán su bendición.

Quien busca y ama la Santa Ley, se enriquecerá con los frutos de ella; mas, el que obra con hipocresía, tropezará en la Santa Ley y será su ruina.

Los que temen al Señor, sabrán discernir lo que es justo, y sus buenas obras brillarán como una antorcha.

El hombre prudente, cuida de reflexionar bien lo que ha de hacer; pero, el necio y el soberbio, obran temerariamente a la ligera, sin admitir consejo alguno.

Tú, hijo, no hagas ninguna cosa sin el buen consejo, para que no tengas que arrepentirte después de hecha.

No vayas por camino malo ni te arriesgues a ir por senda escabrosa, para que no expongas a caídas tu alma.

Cautélate aun de tus propios hijos, y guárdate de tus servidores.

En todas tus acciones sigue el dictamen fiel de tu recta conciencia, pues en eso consiste la observancia de los Mandamientos.

Quien es fiel a Dios, atiende a sus preceptos; y el que confía en Él, no padecerá menoscabo alguno.

Al que teme a Dios, nada malo le sucederá; antes bien, en la tentación Dios le guardará y le librá de los males.

El sabio ama los preceptos y leyes de Dios, y no se estrellará como un navío en la tempestad.

El hombre justo es fiel a la Ley de Dios, y la Ley será fiel para con él.

El que ha de aclarar una pregunta, debe premeditar la respuesta; y así, después de haber hecho oración, podrá responder, será oído y conservará la buena doctrina.

El corazón del necio es tan voluble como la rueda del carro; y como el eje que da vueltas, así son sus pensamientos.

El pecador rehusa la corrección y busca en la Ley su capricho.

Mejor es con poca inteligencia temer a Dios, que con mucha traspasar su Santa Ley.

Capítulo XXII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la soberbia, principio del pecado. El origen de todo pecado es la soberbia

Por la soberbia, Lucifer y sus secuaces se rebelaron contra Dios, su Creador, y fueron precipitados en los abismos infernales.

Por la soberbia, el primer hombre y la primera mujer apostataron de Dios, su Creador, al desobedecerle y apartar de Él sus corazones.

Quien es arrastrado por la soberbia, rebotará de maldiciones; y al fin, ella será su ruina.

El Señor abatió siempre a los soberbios, derribó los tronos de los príncipes altivos, y colocó en su lugar a los humildes; destruyó de raíz la soberbia de las naciones, y por su humildad elevó más a las tomadas por despreciables.

Dios aniquila la memoria de los soberbios y conserva la memoria de los humildes de corazón.

La soberbia hace infame al hombre, y abominable a los ojos de Dios.

La soberbia es aborrecida de Dios y de los hombres justos; y execrable es la iniquidad de las gentes soberbias.

¿De qué se ensoberbece el que no es más que tierra y ceniza?

Montón de estopa es la asamblea de los soberbios impíos y la llama del fuego será su fin.

El camino de los pecadores está bien pavimentado, mas su fin es el infierno.

Capítulo XXIII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre el juramento y la mentira

No acostumbres tu boca al juramento, porque son muchas por eso las caídas.

Tampoco tomes continuamente en tu boca el Nombre de Dios, ni el de las demás cosas santas, si no es con el debido respeto.

El hombre que jura sin necesidad, se llena de pecados, y no se apartará de su casa la desgracia.

Es infamia en el hombre la mentira, pues ésta se halla siempre en los labios de los insensatos.

El mentiroso es aún peor que el ladrón; mas uno y otro tendrán por herencia la perdición.

El fin del embustero es la deshonra, pues lleva siempre consigo su confusión.

El que cree de ligero cualquier cosa que le digan, es de corazón frívolo y se verá menoscabado.

Capítulo XXIV

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre el sacrificio a Dios y el sacerdocio

Dios acepta con suma complacencia el sacrificio del justo, y jamás le echará en olvido.

La oblación del justo, es como víctima escogida sobre el altar, y es olor suave y agradable en la presencia del Altísimo.

Honra al Señor con corazón generoso, y no disminuyas las primicias de tus fatigas.

Ofrece a Dios todos tus dones con rostro alegre; y conságrale tus diezmos con regocijo.

Con tus dones, retribuye al Altísimo por lo que de Él recibes, y preséntale tus ofrendas con generosidad y según tus posibilidades, porque el Señor es remunerador y te volverá cien veces más.

No le ofrezcas al Señor lo peor de tus dones, porque no los aceptará.

El que hace obras de misericordia, ofrece también a Dios sacrificios saludables.

No comparezcas en la presencia del Señor con las manos vacías, pues Dios abomina la infiel servidumbre.

El Altísimo no acepta los dones de los impíos, ni atiende a las oblaciones de los malvados, ni por muchos sacrificios que ellos ofrezcan les perdonará sus pecados si no manifiestan su sincero arrepentimiento; pues, lo que más agrada a Dios, es el que se huya de la iniquidad; y la expiación de los pecados ha de comenzar alejándose de la injusticia.

El que observa la Ley de Dios, ése es el que le ofrece ricas ofrendas; pues el sacrificio saludable es guardar los mandamientos y apartarse de toda iniquidad.

El que ofrece sacrificios a Dios de lo robado a los pobres, es como el que degüella un hijo delante del padre, pues es la vida de los pobres el pan que necesitan, y quien se lo quita es asesino.

Inmunda es la ofrenda de aquel que ofrece sacrificio de lo mal adquirido, pues deshonra a Dios con su oblación, ya que Él aborrece los sacrificios inicuos.

El apartarse de la injusticia es como ofrecer un sacrificio de propiciación por las injusticias y de expiación por los pecados.

Con toda tu alma teme a Dios, y reverencia a sus Sacerdotes.

Ama a tu Creador con todas tus fuerzas, y no desampares a sus ministros sagrados.

Honra a Dios con toda tu alma, y respeta a los Sacerdotes.

Como te está mandado, da tu limosna al Sacerdote, para que pueda sustentarse y atender dignamente el culto de Dios.

No pienses sobornar al Señor ofreciéndole sacrificios sin apartarte de la iniquidad, porque no recibirá tus dones.

Capítulo XXV

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la oración

Quien adora a Dios con buena voluntad, será protegido de Él y su oración llegará ante su acatamiento.

La oración del humilde traspasa las nubes, y no descansa hasta llegar a Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada.

El que sirve al Señor devotamente, halla acogida, y su oración subirá hasta su presencia.

El Señor no desdeña la súplica del huérfano ni la de la viuda, si ante Él lanzan sus gemidos. ¿Por ventura las lágrimas de la viuda no descienden a sus mejillas y no claman contra aquel que se las hace saltar? Porque, desde sus mejillas, suben luego sus lágrimas hasta el Cielo; y el Señor, que todo lo ve y oye, se encenderá en Ira contra los que las causaron.

La oración del justo oprimido, Dios la oirá con presteza, y no tardará en hacer justicia, ni depondrá su Ira hasta quebrantar la cerviz de los opresores.

Capítulo XXVI

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre los deberes de los padres para con los hijos

Atiende bien mi consejo, padre de familia: Ni a tu mujer ni a tus hijos, des jamás en tu vida poder sobre ti.

En todas las cosas mantén tu autoridad para no manchar tu reputación de cabeza de familia, y a nadie dejes tu puesto.

No permitas que tus hijos hagan mudar tus buenos propósitos, porque es mejor que ellos recurran a ti, que no verte a merced de ellos.

Cuando estén para terminarse los días de tu vida, con tiempo suficiente haz testamento y reparte tu herencia equitativamente entre tus hijos que sean fieles a Dios.

Adoctrina y educa bien a tus hijos desde su niñez.

El que educa bien a su hijo, se gozará luego en la buena conducta de él, y se gloriará de él en medio de sus familiares y conocidos.

El que ama a su hijo, le reprende y castiga cuando obra mal.

Si muere un padre que ha educado bien a su hijo, es como si no muriese, pues deja en pos de sí uno semejante a él.

El que no educa bien a su hijo, tendrá luego que vendarle las heridas, y a cada grito suyo sentirá que se le conmueven las entrañas.

Caballo no domado, se hace indócil; un hijo abandonado a sí mismo se hace insolente.

Si halagas con exceso a tu hijo, luego te hará temblar; si juegas con él indebidamente, luego te llenará de pesadumbre. No te rías con él en cosas necias y superfluas, no sea que al fin tengas que llorar, y te haga rechinar los dientes. No le dejes hacer lo que quiera en su juventud, y no disimules sus faltas, sino corrígele. Siempre que tu hijo lo merezca, dale con la vara mientras sea niño, y doblega su cerviz en la juventud, no sea que se endurezca su corazón, y te niegue la obediencia con gran dolor de tu alma. Educa a tu hijo, y aplícale al trabajo, para que no seas cómplice de su deshonor.

Quien instruye bien a su hijo, causará envidia a su enemigo, y se honrará de él en medio de sus amigos.

No pongas obstáculo si alguno de tus hijos, varón o varona, desea abrazar la vida religiosa.

¿Tienes hijas? Vela por su honestidad; y no les muestres complaciente tu rostro ante caprichos innecesarios.

Casa tu hija con un hombre sensato, y habrás hecho una gran obra.

Sobre la hija indócil, redobla tu vigilancia, no sea que, hallando oportunidad, desfogue sus pasiones.

Vigila sin cesar a la descarada, y no te asombres si no hace caso de ti. Ella, cual caminante sediento, aplicará la boca a toda fuente, y beberá del agua más cercana, sea la que fuere, y se sentará junto a cualquier esquina, y abrirá la aljaba a cualquier saeta.

Una hija joven soltera es para sus padres un tesoro muy valioso de guardar, a fin de que no se vea contaminada su pureza, y pierda su virginidad antes de ir al matrimonio, y se exponga a ser aborrecida de su marido cuando cohabite con ella.

¡Padres!, sobre la hija atrevida, reforzad vuestra vigilancia, no sea que algún día sea para vosotros el escarnio de vuestros enemigos, el objeto de los chismes de la ciudad y de la burla del pueblo, y tengáis que avergonzaros en medio de la muchedumbre, pues la hija deshonrada es el oprobio de los padres.

Que vuestra hija vista honestamente, y que no muestre con vanidad su belleza a los hombres, ni tenga trato con los desvergonzados, sino que procure encontrar el hombre honrado y trabajador para hacerle su esposo y dar hijos a Dios.

No te complazcas en tus hijos si son impíos, ni confíes en ellos, ni cuentes para tu vejez con su ayuda, porque mejor es tener un hijo temeroso de Dios, que mil hijos malos, y más cuenta tiene el morir sin hijos que el dejar hijos malos.

Dichosos el padre y la madre que hallan consuelo en la rectitud del proceder de sus hijos.

Si tienes un siervo fiel, cuida de él como de ti mismo, trátalo como a un hijo, y no injustamente; pues, si le maltratas, y maldiciéndote se marcha, ¿por qué camino le buscarás? Procura que no le falte trabajo, para que no esté ocioso, pues la ociosidad enseña muchas maldades. Imponle el trabajo conveniente; y si obra mal, repréndele con caridad, e incluso castígale, pero procura no excederte; y no tomes resoluciones graves sobre él sin antes pedir consejo.

Capítulo XXVII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre los deberes de los hijos para con los padres

Los hijos de la Sabiduría forman la congregación de los justos; y el espíritu de ellos es obediencia y amor.

Hijo, escucha los buenos consejos de tus padres, y obsérvalos, si es que te quieres salvar.

Honra a tu padre y a tu madre con todo tu corazón.

Acuérdate de que, si no es por ellos, no hubieras nacido; y correspóndeles por lo mucho que han hecho por ti.

Porque Dios quiere que el padre y la madre sean honrados de los hijos.

Quien ama a sus padres por amor a Dios, alcanzará más fácilmente el perdón de los pecados, se verá más fortalecido en la tentación y será siempre acogida su oración.

Como quien acumula tesoros, así es el que tributa honor a sus padres.

Quien honra a sus padres, tendrá luego el consuelo de sus propios hijos, y Dios oirá su oración.

Quien honra a su padre y a su madre, se dispone mejor para la vida eterna.

El que verdaderamente teme al Señor, honra a los padres, y les sirve como a sus señores, pues le dieron el ser.

Honra a tu padre y a tu madre con obras, con palabras y con toda paciencia, para que vengan sobre ti sus bendiciones, las cuales te acompañarán hasta el fin de tu vida.

La bendición paterna afianza la casa del hijo; pero la maldición, la arruina hasta los cimientos.

Hijo, no te gloríes en aquello que es afrentoso a tus padres, porque su ignominia no es para ti gloria; ya que, de la buena reputación del padre, resulta la gloria del hijo, y es desdoro de un hijo, un padre sin honra.

Hijo, ampara a tu padre y a tu madre en la vejez, y no les hagas triste su vida; y si, por su ancianidad llegaren a volverse como niños, compadéceles, y jamás les desprecies por tener tú más vigor que ellos, porque la caridad para con el padre no quedará en olvido.

Por sobrellevar los defectos de los padres en su decrepitud, recibirás tu recompensa.

Si obras así, la justicia será el fundamento de tu vida, y en el día de la tribulación habrá quien se acuerde de ti; pues, así como en un día soleado se atenúa el rigor del hielo, la caridad para con tus padres atenúa el rigor de la Justa Ira de Dios por tus pecados.

¡Oh, cuán infame y maldito de Dios es el que a sus padres exaspera y desampara!

Capítulo XXVIII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre los ancianos

¡Cuán bien parece la Sabiduría en las personas de edad avanzada!

La mucha experiencia es corona de los ancianos, y la gloria de ellos el temor de Dios.

Lo que no cosechaste en tu juventud, ¿cómo lo has de hallar en tu vejez?

¡Oh, qué bello adorno es para las canas el saber juzgar rectamente, y para los ancianos el saber dar un buen consejo!

No faltes el respeto al anciano, porque a los jóvenes les espera también la vejez.

No desprecies los discursos de los ancianos sabios, y sigue sus buenos consejos, porque de ellos aprenderás Sabiduría y prudencia.

Capítulo XXIX

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre los gobernantes

¡Cuán bien parecen la Sabiduría, la preclara inteligencia y el don del buen consejo en los que ocupan altos cargos!

La potestad de la Tierra está en manos de Dios; y Él, a su tiempo, suscita quien la gobierne útilmente.

El rey de un país es alabado por la sabiduría de su palabra.

Según es el rey del pueblo, así suelen ser sus ministros; y cual es el gobernador de la ciudad, tales suelen ser sus habitantes.

El rey imprudente será la ruina de su pueblo; y la prudencia de los gobernantes poblará las ciudades.

El que hoy es rey, mañana morirá. Y cuando muere un hombre, su cuerpo heredará gusanos, podredumbre y ceniza.

El juez sabio juzgará a su pueblo con equidad, y el principado del prudente será estable.

Los grandes magistrados y los poderosos gozan de honor; pero ninguno lo tiene mayor que aquel que teme a Dios.

Una nación, cae muchas veces en poder de otra nación, a causa de sus injusticias, violencias y ultrajes.

La prosperidad del hombre está en las manos de Dios; y Él es el que hace brillar el rostro del buen gobernante.

No te engrías cuando te veas ensalzado en alto puesto, pues sólo las obras del Altísimo son admirables y gloriosas.

Muchos tiranos se sentaron en el trono; y otros de quienes no se sospechaba se llevaron la corona.

Cayeron en gran ignominia muchos potentados, y muchos magnates fueron entregados en poder de otros.

Porque, por un solo sensato, prospera una ciudad; mas, una tribu de inicuos, la devasta. Muchas cosas semejantes verán tus ojos y más graves que éstas las oirán tus oídos.

Capítulo XXX

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre los buenos y malos consejeros

No vayas a consultar de santidad con el que es sin religión, ni de justicia con el injusto, ni de fidelidad con el infiel, ni de guerra con el cobarde, ni de gratitud con el envidioso, ni de piedad con el impío, ni de honestidad con el deshonesto, ni de diligencia con el perezoso. Nunca tomes consejos de estos sobre tales cosas.

Consulta siempre con el que es piadoso, de quien sabes que guarda los preceptos de la Ley, cuyo corazón es semejante al tuyo, y que te compadecerá si te ve caído.

Forma dentro de ti un corazón de buen consejo, porque no hay cosa que deba serte más estimable.

El alma de un varón piadoso, descubre algunas veces la verdad, mejor que muchos doctores inteligentes; mas, sobre todo, has de rogar al Altísimo que enderece tus pasos por la senda de la verdad.

Preceda a todas tus obras la palabra de la verdad, y un consejo firme a todas tus acciones.

Un buen consejo puede conducir el corazón hacia el bien; y un mal consejo puede conducir el corazón hacia el mal; pues del corazón nacen el bien y el mal; y muchas veces, según el consejo, así es el proceder.

El hombre verdaderamente sabio, lo es primero para su alma, y son dignos de alabanza los frutos de su prudencia; pues, hay maestros hábiles para instruir a muchos, pero no para instruirse a sí mismos; y hay también quienes, al instruir a otros, se aplican primero la instrucción a sí mismos.

Colmado será de bendiciones el varón sabio, y alabado de cuantos le conozcan.

El varón sabio continuará siendo honrado por su pueblo, y su nombre vivirá eternamente.

Capítulo XXXI

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la urbanidad en la mesa, y la sobriedad en el comer y beber

Hijo, durante tu vida examina y procura conocer bien tu alma, y en lo que esté mal inclinada, no le des libertad, porque no todo conviene a todos, ni a todos les gusta todo.

Guárdate de ser glotón en los convites, ni te abalances a todos los platos, porque ocasiona enfermedades el mucho comer, y la glotonería viene a parar en cólicos y vómitos.

A muchos acarreó la muerte su intemperancia, y el que es sobrio prolonga la vida.

Hijo mío: ¿Estás sentado en una espléndida mesa con sabrosos manjares? No seas el primero en abrir tu boca, ni tampoco digas con ansia: «¡Oh, cuántos manjares hay en ella!»

Acuérdate que es malo el ojo codicioso. ¿Hay cosa peor que el ojo codicioso?, pues codicia cuanto ve, y echará lágrimas cuando vea cosa que no puede atrapar.

No tiendas tu mano a cuanto veas, no tropieces con tu vecino en el plato.

Ten con él las atenciones que para ti deseas.

Come moderadamente de aquello que te sirvan, para que no te hagas enojoso a los demás, y te tachen de glotón.

Sé el primero en dejar de comer, por cortesía; y no te muestres insaciable pasando por tragón.

No pidas el primero de beber. Y poco vino es muy suficiente para un hombre bien educado; y, además, cuando duermas, no te causará desasosiego en el lecho; pues, insomnio, cólera y retortijones, padecerá el hombre destemplado; y, por el contrario, sueño saludable gozará el hombre templado, pues dormirá hasta la mañana y despertará con el corazón alegre.

Y si, por miramiento a las buenas atenciones, llegaste a comer con algún exceso, levántate, pasea, y te sentirás aliviado.

A los que aman demasiado el vino, no les provoques a beber, porque a muchos el vino perdió.

Como el fuego prueba la dureza del hierro, así el vino bebido hasta la embriaguez descubre los corazones de los soberbios.

El vino es bueno y fortalece, si se bebe con moderación. El vino fue creado para la alegría del corazón, y no para la embriaguez: El vino, bebido con sobriedad, alegra el alma y da bienestar al corazón. El beberlo con templanza, es salud para el alma y para el cuerpo.

Sin embargo, el vino bebido con exceso, causa contiendas, iras y muchos estragos.

Amargura del alma es el vino bebido con exceso. La embriaguez hace osado al necio para ofender, excita la lujuria, reduce las fuerzas del cuerpo y debilita la voluntad para vencer las tentaciones.

¿Te han hecho director de un convite? No te engrías. Pórtate entre los comensales como uno de tantos. Cuida primero bien de ellos, y luego siéntate a la mesa, para alegrarte con ellos y ser alabado por tus buenas disposiciones.

Si eres anciano, habla sabia y prudentemente como a tu edad conviene; mas no estorbes con largos discursos el oír la armonía de los instrumentos musicales.

Donde no hay quien escuche, no echés palabras al viento, ni quieras fuera de sazón ostentar tu saber.

Un concierto de buena música en un convite espléndido, es como un rubí engastado en oro. Y como esmeralda engastada en un anillo de oro, así es la melodía de los cantares con el beber alegre y moderado.

Escucha en silencio, y con tu modestia conciliarás el amor de todos.

Si eres joven, habla si es necesario en lo que a ti te toque; y no seas presumido en medio de los magnates; y donde haya ancianos, no hables tú mucho.

En llegando la hora de levantarte de la mesa, no te entretengas, vete el primero a tu casa, y alégrate allí, con tal que sea sin pecar ni decir palabras insolentes.

Y bendice a Dios, ya que te regaló con sus bienes.

Escúchame, hijo mío, y no desprecies mi consejo, que a la postre hallarás ser verdad lo que te digo: Sé moderado en todas tus obras, y no provocarás sobre ti los achaques y enfermedades.

Capítulo XXXII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la corrección fraterna

Corrige al prójimo fraternalmente antes de recriminarle; porque así entrará en él más fácilmente el temor de Dios, que es el principio de toda Sabiduría, la cual es doctrina de salvación, ya que en la Sabiduría está la disposición de la Ley y la enseñanza del bien obrar.

Corrige al amigo por su falta o yerro, tanto si obró con mala intención o no, para que no lo vuelva a hacer más.

Corrige al amigo por su falta o yerro, aunque sea paisano tuyo.

Mejor es reprender que guardar rencor; y al que confiesa su culpa contra ti, no le impidas que te pida perdón.

No creas a la ligera que tu amigo obre maliciosamente, pues hay quien se desliza con palabras u obras, mas no con maldad de corazón.

No es prudente hacer juicios del prójimo nacidos de la ira u otra pasión.

El sabio y prudente, antes de juzgar al prójimo, se asegura bien de la verdad o falsedad de su delito, y prefiere excusarle antes que condenarle.

Cuán buena cosa es que el corregido muestre su arrepentimiento; pues, el que aborrece la corrección, está en el camino de la iniquidad; pero, el que la acepta, está en el camino del temor de Dios y de la conversión de su corazón.

Es falsa la corrección con ira, y vomitando injurias contra el prójimo.

Capítulo XXXIII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre el trato, con las mujeres, de los hombres casados

No te separes de la mujer sensata y buena que, por tu temor al Señor, te cupo en suerte, porque la gracia de su modestia vale más que todo el oro.

Si tienes una mujer conforme tu corazón, no la desprecies como si fuera aborrecible.

Dichoso el varón que vive con una esposa juiciosa.

La mujer fuerte es el consuelo de su marido, y le hace vivir en paz los años de su vida.

Es una fortuna tener una mujer buena: Dios suele darla al varón que se la pida.

La gracia de la mujer hacendosa alegra al marido. La buena crianza de ella es un don de Dios.

Un don de Dios es la mujer callada, y no tiene precio la discreta.

Gracia sobre gracia es la mujer santa y pundonorosa; y no tiene precio la mujer casta.

Como resplandece el sol en los cielos, así resplandecen las cualidades de la mujer buena en su casa.

Cimientos eternos sobre piedra sólida, son los mandamientos de Dios en el corazón de la mujer santa.

No seas celoso de tu esposa, no la vayas a maliciar en daño tuyo.

No te dejes dominar de tu mujer, para que no se levante contra tu autoridad, y quedés avergonzado.

Si la mujer logra el mando de la casa, se rebelará contra su marido.

Esclavitud ignominiosa y vergonzosa es para el marido ser dominado por la mujer.

No des a la mujer licencia alguna para caminar a sus anchas; pues, si ella no camina siempre de tu mano, te afrentará delante de tus enemigos.

Así como donde no hay cerca la heredad será saqueada, donde no hay mujer hacendosa será disipada la hacienda de la casa.

La mujer celosa es para el marido dolor y llanto del corazón, y su lengua un látigo de múltiple azote para los que viven con ella.

Yunta de bueyes rebeldes es la mujer mala. Tocarla es como tocar un escorpión.

Del todo enojosa es la mujer borracha, la cual no ocultará su vergüenza.

La deshonestidad de la mujer, se deja conocer en su mirada desvergonzada y en la altivez de sus ojos.

La mujer de mala ralea aflige el ánimo, abate el semblante y llaga el corazón del marido.

Mejor es vivir con una hiena que con una mujer perversa.

Lo que es para los pies del anciano subir un monte de arena, eso es para un hombre sosegado una mujer habladora.

De la mujer tuvo principio el pecado, y por causa de él todos mueren.

No pongas los ojos en una mujer seductora, no sea que caigas en sus lazos.

No tengas trato con bailarinas, ni las escuches, si no quieres perecer a la fuerza de su atractivo.

No pongas indiscretamente tus ojos en la doncella, para que su belleza no sea ocasión de tu ruina.

No des entrada en tu vida a las meretrices, para que no perezcas, y además pierdas tu patrimonio.

Toda mujer fornicaria, será hollada como el estiércol.

No andes posando tu vista innecesariamente por las calles de la ciudad, ni vayas vagando de plaza en plaza; pues el peligro está detrás de cada esquina.

Aparta tus ojos de la mujer licenciosamente ataviada, y no curioses en la hermosura ajena; pues, por la hermosura de la mujer, muchos se han perdido, y por ella se enciende como fuego la pasión.

Muchos, embelesados de la belleza de la mujer ajena, se hicieron réprobos, porque su trato enciende como fuego.

No te sientes nunca con la mujer de otro, ni bebas con ella vino en los banquetes, no sea que se incline hacia ella tu corazón y seas arrastrado a la perdición.

No hay cabeza peor que la de la serpiente venenosa, ni hay ira peor que la de la mujer malvada.

No mires sólo el buen parecer de la mujer, ni te enamores de ella sólo por la belleza.

Las gracias de la mujer alegran el rostro del marido y fomenta más en él el amor hacia ella.

Si ella tiene palabras amables y suaves, su marido es dichoso.

Quien posee una buena esposa, posee un gran bien, y tiene una ayuda conveniente a él y una columna de apoyo.

Capítulo XXXIV

Exhortaciones de la Divina Sabiduría para reprimir la concupiscencia

No te dejes llevar de tus concupiscencias: Refrena tus apetitos.

Si te entregas a la satisfacción de los apetitos desordenados, darás contento a los enemigos de tu alma, que se burlarán de ti.

No gustes de andar con los bulliciosos, porque entre ellos ocurren continuos conflictos.

El exceso de vino y las mujeres malas extravían y desacreditan hasta a los más sabios y prudentes.

El que frecuenta las meretrices, perderá toda vergüenza, la pobreza y la ruina serán su herencia, será propuesto como ejemplo de escarmiento, despreciado de todos y borrado del Libro de la Vida si no se convierte.

El que se goza en la iniquidad, va por mal camino; mas, el que recrimina sus propios delitos, está en buen camino.

El que se abrasa en el fuego de sus apetitos carnales, no dejará de arder hasta que del todo le consuman.

El que es esclavo de los apetitos de su carne, no tendrá sosiego hasta que haya incendiado con su fuego a otro.

Todo el que deshonor su tálamo conyugal, como quien tiene en poco su alma, suele decir: «¿Quién hay que me vea? Estoy en la oscuridad, las paredes me encubren y nadie me atisba, ¿a quién tengo que temer? Pues, el Altísimo no reparará en mis delitos». Pero éste no reflexiona que los ojos de Dios están viendo todas las cosas, pues son más luminosos que el sol, y descubren todos los procederes de los hombres, y lo más profundo del abismo, y hasta lo más recóndito del corazón humano. El adúltero, al final, se verá deshonrado delante de todos por no haber conocido el temor del Señor. Y si no se arrepiente, su misma carne, que sirvió de leña para el fuego de sus pasiones, servirá de leña para el fuego eterno.

Capítulo XXXV

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la riqueza y la avaricia

Hijo, no tengas ansias de adquirir desmedidas riquezas, porque nada te aprovecharán en el día de la oscuridad y de la Ira Divina.

La avaricia por las riquezas, apaga el deseo espiritual del alma, consume el vigor del cuerpo y produce insomnio.

La desmedida preocupación de lo porvenir, aleja los buenos sentimientos del alma, y merma sensiblemente la salud del cuerpo.

No te apoyes sobre las riquezas, ni digas: «*Me basto a mí mismo*».

Cuando seas poderoso, no te dejes llevar por el engreimiento de tu corazón, ni digas: «*Gran poder es el mío, ¿quién podrá dominarme y exigirme cuenta de mis acciones?*» Porque, si te obstinas en ello, Dios te castigará.

No hay cosa más detestable que el avaro.

El rico avaro se fatiga por acumular riquezas; y si descansa, es para saciar sus ansias de placer.

No hay cosa más inicua que el que codicia el dinero, porque el avaro aun su alma pone en venta; y aun viviendo se arranca sus propias entrañas para venderlas.

Al tacaño, ¿para qué le servirá la riqueza?; y al avaro, ¿para qué le servirá el oro?; pues, ambos amontonan tesoros para otros, y un extraño se regalará con sus bienes.

El que para sí mismo es malo, ¿para quién será bueno?

El que, para sí mismo es tacaño, ¿para quién será generoso?

Quien es avaro contra sí mismo, en su ruindad recibe el pago de su pasión perversa.

Maligno es el ojo del avaro envidioso; pues no se saciará mientras viva.

El que levanta su casa con bienes ajenos, es como el que amontona piedras para su sepultura.

No quieras abarcar muchos negocios; porque, el que mucho abarca, poco aprieta.

Hay quien, por ruindad, compra lo peor por poco precio, y después tiene que gastarse siete veces más.

La dádiva del ruin te será luego molesta, pues él dará poco, pero lo echará muchas veces en cara y lo pregonará a boca llena.

Es incompatible con la virtud el amor desmesurado por el oro; y el que se desvive por el dinero, pecará hasta conseguirlo.

Muchos han caído en el precipicio a causa del oro, cuyo resplandor fue su perdición.

Lazo de perdición es el oro para los que lo idolatran, y el insensato cae en él.

Tú, hijo, usa rectamente de lo que tienes, y haz de ello ofrendas dignas a Dios. Acuérdate de la muerte que no tarda en llegar, porque el morir es una ley de la que nadie está exento. Antes de morir, durante tu vida, haz bien a tu prójimo, y alarga tu mano generosa al pobre, según tu posibilidad.

Da a los pobres, y toma para ti lo necesario, y santifica así tu alma.

La queja justa del pobre va de su boca al oído de Dios, y el juicio divino no tardará en venir sobre el opresor.

Trabaja el pobre fatigosamente para poder comer; y si deja de trabajar, es para verse en la indigencia.

Bienaventurado el rico que fue hallado sin mancilla al no poner su pensamiento en el oro, ni su esperanza en el dinero, porque él ha hecho con sus bienes cosas admirables en su vida. Él fue probado por medio del oro, y fue hallado perfecto por su desprendimiento de las cosas materiales. Y he aquí que por eso recibirá su galardón de vida eterna; pues, él pudo pecar a causa del dinero, y no pecó; hacer el mal, y no lo hizo. Por tanto, asegurado está su bien eterno, y toda la Iglesia celebrará sus limosnas.

En el día de los bienes, no te olvides de los males; y en el día de los males, no te olvides de los bienes.

Capítulo XXXVI

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre los préstamos y las fianzas

Quien es misericordioso, da prestado a su prójimo en la necesidad, y el que es generoso para dar al pobre, observa los mandamientos del Señor.

Presta a tu prójimo en el tiempo de su necesidad, y tú a tu tiempo restituye lo que él te ha prestado.

Cumple tu palabra con el que te ha prestado, y pórtate fielmente con él, y en todo tiempo hallarás lo que necesites.

El dinero prestado, muchos lo reputaron luego como suyo propio, y dieron que sentir a los que les favorecieron.

Muchos, hasta que reciben de prestado, besan las manos del que les puede dar, y con voz humilde hacen promesas; mas, cuando es tiempo de devolver, piden espera innecesaria y echan la culpa al tiempo; y aunque bien pueden devolver lo prestado, ponen grandes dificultades para hacerlo, y apenas vuelven la mitad de la deuda.

El que es bondadoso da fianza a su prójimo necesitado, pero el mezquino le abandonará en su indigencia.

No te olvides del beneficio que te ha hecho tu fiador, pues ha expuesto por ti su hacienda y aun su vida.

El ingrato deja caído en el hoyo al que le fió.

Las fianzas indebidas han perdido a muchos bien acaudalados, y les han conmovido como a las ondas del mar, haciéndoles, incluso, transmigrar y andar errantes entre gentes extrañas.

El que se enreda en fianzas ruinosas y el que se mete en muchos negocios, no se verá libre de pleitos.

Socorre a tu prójimo según tu posibilidad, pero también mira por ti mismo, a fin de que no caigas en la indigencia indebidamente; pues, necesarios son para la vida el agua y el pan, la casa y el vestido para abrigo de la desnudez.

Capítulo XXXVII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre el rico y el poderoso

El que tocara la pez, se ensuciará con ella; y el que trata con el soberbio, se hace semejante a él.

No ambiciones el trato con el rico y poderoso; pues puede acaecerte que, mientras le seas útil, se servirá de ti, y cuando no le valgas nada, te abandonará; y entonces te sucederá como la olla de barro que, estando junto al caldero, al chocar con éste queda despedazada.

Todas las bestias se asocian con sus semejantes, y con sus semejantes se ha de acompañar todo hombre.

¿Es acaso posible la convivencia entre el lobo y el cordero, sin que éste sea devorado por aquél? Pues lo mismo sucede con la convivencia entre el inicuo y el justo. Por tanto, cuando el lobo trabe amistad con el cordero, el inicuo la trabará con el justo.

El asno salvaje es presa del león en el desierto; así también los pobres son muchas veces pasto de los ricos.

El rico, si resbala, tiene muchos que le sostengan; pero el pobre, si cae, es rechazado aun por los amigos.

Si el rico habla, todos le aplauden, y aunque diga necedades, le dan la razón; pero si el pobre habla cuerdamente, no se le hace caso.

Habla el rico, y callan todos, y luego ensalzan su palabra hasta las nubes; habla el pobre, y dicen: «¿Quién es éste?», y no se le tiene en cuenta.

La prosperidad es un mal para el hombre desarreglado, y los tesoros que halla acelerarán más su ruina.

Hay quien por la exaltación luego se ve abatido, y quien por la humillación luego se ve ensalzado.

Regalos y dones ciegan los ojos de los jueces, y son como bozal en la boca para la reprensión del mal.

Como el lascivo que deshonra a una inocente doncella, así es el que con la fuerza viola la justicia.

Capítulo XXXVIII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la moderación de la lengua

Vosotros, oh hijos míos, oíd mis enseñanzas para gobernar la lengua; y quien las guardare, no se perderá por causa de los labios, ni resbalará en obras perversas.

En su necio hablar queda cogido el pecador, y el maldiciente se arruinará por sus mismos labios.

Estaos firmes en el camino del Señor, y en la verdad y ciencia divina que profesáis y sentís; y que de vuestras bocas salgan palabras de paz y de justicia.

Hijos, sea ésta vuestra oración para moderar la lengua y el pensamiento:

«¿Quién pondrá un candado a mi boca, y sobre mis labios un sello inviolable, para que no me deslice con mi lengua, y sea ésta mi perdición?

¡Oh, Señor, Padre mío y Dueño de mi vida!, no me abandones a la indiscreción de mis labios, ni permitas que yo me deslice por causa de ellos.

¿Quién será el que emplee el azote sobre mis pensamientos, y la corrección de la Sabiduría sobre mi corazón, de tal modo que recrimine mis errores, a fin de que de ellos no broten pecados, ni se acrecienten mis ignorancias, ni se multipliquen mis faltas y venga a caer ante el enemigo, y éste se regocije en verlo? ¡Oh, Señor, Padre mío y Dios de mi vida!, no me abandones a las sugerencias de mis pensamientos, no permitas en mis ojos la altivez, y aparta de mí todo mal deseo».

Hijo, no se acostumbre tu boca a lenguaje indiscreto, porque siempre hay en él palabra de pecado.

El acostumbrado a palabras de impropiedad, difícilmente se corregirá.

Pon atención en oír las palabras de otros, a fin de que las entiendas y puedas dar sabiamente una respuesta verdadera. Antes de haber escuchado, no respondas palabra; y mientras otro habla, no le interrumpas.

Si entiendes de aquello que te preguntan, responde al prójimo según la verdad; pero, si no, ponte la mano sobre la boca para que no salgan de ti palabras indiscretas que le desorienten y quedes tú, además, avergonzado por tu necedad.

El honor y la gloria acompañan el discurso del hombre sensato, mas la lengua del necio viene a ser su propia ruina.

No porfies sobre cosa que no te incumba, ni te unas con los pecadores para juzgar o censurar vidas ajenas.

Hay quien, por callar, es reconocido por sabio; y hay quien, por mucho hablar, es reconocido por necio.

El sabio calla hasta el momento oportuno; el necio habla sin tasa y sin medida.

El que habla demasiado, molesta y se hace odioso.

El sabio se hará amable con sus palabras; el necio se hará aborrecible con sus sandeces.

La sentencia del fatuo será reprobada, porque no la dice a su tiempo.

Desde lejos, en el hablar, se conoce al lenguaraz; y el varón sensato se escabulle del tal.

Las granzas quedan al descubierto del grano cuando se zarandea la criba; así, los defectos quedan más al descubierto cuanto más se habla.

Así como el árbol bien cultivado se conoce por sus frutos, el corazón humano se conoce por la expresión de sus pensamientos.

No alabes a nadie antes de que haya hablado, porque en el hablar se dan a conocer los hombres.

Ni a amigo ni a enemigo cuentes los pecados ajenos; porque, los que te oigan, se guardarán de ti, temiendo que hagas con ellos lo mismo.

Y si tú has pecado, no lo divulgues imprudentemente; porque muchos, al oírlo, aunque aparentemente disculpen tu fragilidad, en sus almas te despreciarán.

¿Oíste alguna palabra contra tu prójimo? Sepúltala en tu pecho, pues seguro que no reventarás por detenerla.

Como una mujer que está inquieta en el parto hasta que no ha dado a luz a su hijo, así está inquieto el necio por un secreto que se le ha confiado, mientras no lo deposite en otros.

Capítulo XXXIX

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la murmuración

Guárdate de ser chismoso, y de que tu lengua sea motivo de enredos que luego te avergüencen, porque el chismoso se acarrea el odio, la enemistad y el oprobio.

Si soplares en una chispa, se avivará el fuego; y si escupieres sobre ella se apagará; y lo uno y lo otro proceden de la boca.

Habla con justicia tanto de los pequeños como de los grandes.

Terrible es en una ciudad el hombre deslenguado, el cual será aborrecido por sus palabras.

¿Quién hay que no haya pecado con su lengua?

Dichoso el que se abstiene de pecar con la lengua, porque no sentirá el aguijón del remordimiento.

No esparzas las palabras malignas y ofensivas que oíste contra tu prójimo, y no te verás inculpado en dicha maledicencia.

El murmurador y el de dos caras, es maldito, porque perturba a los que viven en paz.

La lengua maldiciente ha alborotado a muchos, y les ha dispersado de un pueblo a otro; ha arruinado ciudades fuertes y ricas, y destruido desde los cimientos los palacios de los magnates; ha aniquilado las fuerzas de los pueblos, y disipado gentes valerosas.

La lengua calumniadora, echó fuera de casa a mujeres fuertes y las privó del fruto de sus trabajos.

El que escucha las lenguas maldicientes, no tendrá sosiego en su alma ni paz en su casa, ni hallará un buen amigo con quien consolarse.

El golpe del azote hace cardenales, mas el golpe de la lengua quebranta hasta los huesos.

Muchos han perecido al filo de la espada, pero muchos más cayeron por culpa de su lengua.

Bienaventurado el que no usó su lengua para la calumnia, ni experimentó en su alma el furor de su mala lengua, ni probó su yugo ni la atadura de sus cadenas; porque, el que calumnia, mientras no restablezca la fama quitada, queda sujeto a un yugo más potente que el hierro, y a unas cadenas más pesadas que el bronce. La confusión y el remordimiento que provienen de la propia lengua calumniadora, son peores que el mayor de los tormentos de este mundo.

Bienaventurado el justo que fue pasto de la lengua calumniadora; pues, los que temen al Señor y esperan la Bienaventuranza Eterna, no serán confundidos por las lenguas calumniadoras, por muy voraces que sean sus fuegos.

Los que abandonan a Dios, caerán en poder de su propia mala lengua, la cual encenderá en ellos su fuego, que no se apagará, y se desencadenará contra ellos como león, y cual leopardo les despedazará.

Haz de espinas una cerca a tus oídos, y no escuches la mala lengua, y pon puerta y candado a tu boca.

Funde tu oro y tu plata, y haz de ellos una balanza para tus palabras, y un freno bien ajustado para tu boca, y no resbales en tu hablar, para que no caigas por tierra delante de los enemigos que te asechan, y sea eternamente incurable y mortal tu caída.

Capítulo XL

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre los sueños vanos

Las vanas esperanzas son para el hombre necio, y los sueños vanos dan alas a los imprudentes.

Como el que intenta coger la sombra o perseguir al viento, así es el que se apoya en visiones engañosas.

Cosas supersticiosas son la adivinación, los agüeros, los vanos sueños y las falsas visiones: Pues, ¿de fuente impura puede salir cosa pura, y de la mentira puede salir la verdad?

A no ser que los sueños y visiones vengan de Dios, no hagas caso de ellos; y aun sabiendo que son de Dios, no obres a la ligera, sino con el consejo de persona prudente y experimentada.

A muchos les indujeron al error los sueños, y se perdieron por haber puesto en ellos su confianza.

Cumple la Ley de Dios sin regateos, y no te extraviarás, ya que en ella no hay mentira alguna; pues, la Sabiduría perfecta está en el cumplimiento fiel de la Ley.

La experiencia, la prueba y la tentación, hacen al hombre prudente y reflexivo; pues, el que no tiene experiencia, sabe poco; mas, el que se ha ocupado en muchos negocios, adquiere mucha sagacidad.

El que ha sido engañado, se hace más cauteloso.

Capítulo XLI

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la mansedumbre, la modestia y la humildad

Hijo, haz tus cosas con mansedumbre; y no sólo serás alabado, sino también amado de los hombres.

Cuanto más elevado te vieres, tanto más debes humillarte en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios.

Porque, aunque Dios es infinitamente grande, Él sólo se considera honrado por los humildes de corazón.

El corazón del auténtico sabio, se conocerá porque procura una mayor adquisición de la verdadera Sabiduría; y porque tendrá el oído bien dispuesto para escuchar sus prudentes consejos.

El hombre de corazón verdaderamente sabio y prudente, se abstendrá de los pecados; y por las obras buenas, prosperará en la virtud.

No te metas a indagar lo que sobrepasa a tu capacidad, ni te emplees en escudriñar aquellas cosas que exceden tus fuerzas; sino piensa siempre en lo que te tiene mandado Dios, y no seas curioso escudriñador de sus misterios.

Porque no tienes necesidad de ver con tus ojos los misterios que te son escondidos, y que tú crees por la Fe.

Líbrate de escudriñar y de ser curioso en las cosas superfluas, pues a tu vista tienes muchas cosas buenas en las que debes emplear tu entendimiento.

El hombre de corazón obstinado, lo pasará mal en el día del juicio; y, quien ama el peligro, perecerá en él.

El hombre que sigue dos caminos opuestos, no tendrá buen término, pues hallará en ello su ruina.

El corazón perverso, se verá cada vez más endurecido en el mal; y el pecador obstinado, añadirá pecados sobre pecados.

Los soberbios que han hecho de sí mismos un edificio inflexible a la verdadera Sabiduría, difícilmente tendrán salvación; porque la planta del pecado se arraigará en ellos cada vez más, sin que apenas lo adviertan.

Capítulo XLII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la misericordia con el pobre y desgraciado

Hijo, no niegues al pobre tu limosna, ni le apartes tus ojos.

No desprecies al que padece hambre, ni exasperes al pobre en su necesidad, con tu falta de socorro.

No aflijas el corazón del desvalido, ni dilates el socorrer al angustiado.

No deseches el ruego del atribulado, ni vuelvas tu espalda al necesitado.

No apartes tus ojos del menesteroso por la ira que pueda producirte su importunidad.

Ni des ocasión, a los que te piden, de que te maldigan por detrás a causa de tu ruindad; porque, si te maldicen en la amargura de su alma, tú serás tenido también por culpable a los ojos de Dios.

Muéstrate afable con los que son pobres, inclínalos sin desdén tu oído, respóndeles con benignidad y págales la deuda de la limosna que te exige la caridad.

Así como el agua apaga el fuego ardiente, la limosna expía los pecados.

Libra, al que padece injuria, de manos del soberbio, y no se te haga esto gravoso.

Sé misericordioso con los huérfanos, trátalos como padre; y Dios, que es tu Padre, será contigo más misericordioso.

Dios es quien mira el bien que cada uno hace, y lo tiene en cuenta para lo venidero; el que obra el bien, en el tiempo de la caída hallará apoyo.

Muchos dejan de dar no por dureza de corazón, sino por temor de ser burlados injustamente; sin embargo, sé tú de alma generosa con el pobre y humilde, y no le hagas esperar días y más días para darle limosna.

En cumplimiento del mandamiento de Dios, socorre al pobre, y en su necesidad no le despidas con las manos vacías.

Emplea, por amor a Dios, tu dinero para ayudar a tu prójimo necesitado, y no lo escondas debajo de una losa para que se pudra.

Emplea tus tesoros según los preceptos del Altísimo, y te aprovecharán más que el oro.

Mete la limosna en el corazón del pobre, y por ella el Señor te libraré del mal, pues peleará contra tu enemigo infernal más que el escudo del poderoso y la lanza del mejor de los guerreros.

Capítulo XLIII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la responsabilidad del pecador

No digas: «*Mi pecado viene de Dios*»; ya que Él no hace lo que detesta.

Tampoco digas: «*Él me ha inducido al pecado*»; pues, Él aborrece todo error y abominación.

En el principio de la creación Dios hizo al hombre y a la mujer con libre albedrío, les dio sus leyes y preceptos; los cuales dependen de la libertad humana el cumplirlos o no. Mas, en la observancia fiel de las leyes divinas, está la salvación.

Dios ha puesto delante de ti el agua y el fuego: Extiende, pues, tu mano a lo que más te agrade.

Delante de ti están el bien y el mal, la vida eterna y la muerte eterna: Tú eres el que debes escoger. Y según elijas, será para tu felicidad o para tu perdición; pues, la Sabiduría es infinita, y su poder fuerte e irresistible, y todo lo ve sin intermisión. El Señor tiene puestos sus ojos sobre los que le temen, y Él observa todas las acciones de los humanos. A ninguno ha mandado obrar impíamente, porque no le es grato a Él el tener hijos desleales e infieles.

Tampoco digas: «*Yo pequé: ¿Y qué mal me ha venido por eso?*» Porque Dios, aunque es paciente y sufrido, dará el pago merecido.

Del pecado perdonado no quieras estar sin temor, ni añadas pecados sobre pecados.

No digas presuntuosamente: «*La misericordia del Señor es grande: ¿Para qué corregirme? Él me perdonará mis muchos pecados*». Porque, al igual que Él ejerce su misericordia, ejerce su indignación por el odio que tiene al pecado.

El bien o el mal del corazón del hombre, se refleja en su rostro: Pues, el rostro es el espejo del alma.

Practica la justicia antes que mueras, porque, tras la muerte, se acabó el tiempo de merecer.

Como las hojas de un árbol frondoso, que unas caen y otras brotan, así es la generación de la carne y de la sangre: Unos mueren y otros nacen.

Toda obra corruptible ha de perecer finalmente, y su artífice tendrá el mismo paradero que ella; mas, la virtud es la que prevalece, y el que la hace será por ella glorificado eternamente.

Capítulo XLIV

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre las amistades

El amigo fiel, es una defensa poderosa; y quien lo halla, halla un tesoro.

Gran tesoro es el amigo fiel; no hay oro ni plata que pueda ponerse a peso con su bondad.

El amigo fiel es bálsamo de vida y medicina de inmortalidad, y los que temen al Señor lo hallarán.

Quien teme a Dios, logrará tener buenos amigos, porque estos serán conformes a él.

El amigo, si es verdadero y constante, será para ti como un igual, y obrará con lealtad en tus asuntos.

Ama al amigo y sé leal con él; porque, si descubrieres sus secretos, no lo volverás a ganar.

Quien descubre los secretos del amigo, pierde el crédito ante los demás, y difícilmente hallará luego un verdadero amigo.

No te avergüences de defender a tu amigo, ni te escondas de su rostro; mas, si después te correspondiere mal, calla y súpelo.

Como hombre que dilapida su hacienda es el que, por su culpa, pierde la amistad de su prójimo; y como quien deja escapar el ave de su mano, así, el que deja escapar por su culpa al amigo, quizá no vuelva a verlo.

El que tira piedras a las aves, las ahuyentará; y el que habla mal del amigo, disuelve la amistad.

Si desenvainaste la espada contra el amigo, no desesperes, que aún puede haber esperanza de que vuelva; si hiciste reproches al amigo, no temas, que aún puede haber lugar a la reconciliación. Pero si traicionaste al amigo revelando sus secretos, ya será difícil que vuelva.

No quieras romper con el amigo porque tarda en devolverte el dinero que le prestaste, ni desprecies a tu hermano por causa del oro.

Sé fiel al amigo en su pobreza, para que así goces de sus bienes en su prosperidad. Permanece a su lado en el tiempo de la tribulación, para que también tengas parte en el tiempo de su ventura.

El buen amigo lucha al lado de su amigo, y abraza el escudo en su defensa contra el enemigo.

No te olvides en tu corazón de tu amigo, ni pierdas la memoria de él en medio de tu opulencia.

Si tuvieses muchos amigos, uno entre mil sea tu consejero.

No hagas que, por tu mala conducta, tu prójimo se convierta de amigo en enemigo, porque te harás reo de la mala fama, del oprobio y de la ignominia.

Hay quien, por respetos humanos, promete al amigo lo que no puede cumplir, y la ganancia que de eso saca es tener un enemigo.

La palabra mansa multiplica los amigos y aplaca a los enemigos; pues la mansedumbre vale mucho en un hombre virtuoso.

Advierte al amigo que es calumniado, para que mire por su fama.

Capítulo XLV

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la precaución contra las falsas amistades

No consideres a nadie como amigo tuyo, ni te confíes en él fácilmente, si antes no has puesto a prueba su amistad; porque hay amigos que sólo lo son cuando les tiene cuenta, y no perseveran como tales en el tiempo de la tribulación.

La verdadera amistad no se prueba en la prosperidad, sino en la adversidad.

En la prosperidad, hasta el enemigo es amigo; mas, en la desgracia, es donde se conoce al verdadero amigo.

Hay, además, amigos que se tornan fácilmente en enemigos, y entonces descubren, para vergüenza tuya, tus defectos; hay también amigos que son compañeros de tu mesa durante la prosperidad, y dejarán de serlo en el día de tu indigencia.

Hay quienes dicen: «Soy tu amigo», pero después lo son solamente de nombre.

Unos son amigos en las diversiones, y adversarios en las aflicciones.

Aléjate de tus enemigos, y estate alerta con tus amigos.

El paladar distingue los manjares desabridos, y el corazón discreto las palabras mentirosas.

No te fíes jamás de tu enemigo, pues como el ácido que destruye el hierro, así es su maldad. Y aunque a ti acuda y se te muestre obsequioso, ponte sobre aviso y guárdate de él.

No le pongas junto a ti, no sea que te derribe y ocupe tu puesto; no le sientes a tu derecha, no sea que te quite tu silla.

¿Quién se compadecerá del encantador a quien muerde la serpiente, y del domador a quien le daña una fiera? Así será del que se acompaña de un hombre inicuo y se mezcla en sus pecados.

Pues el enemigo tiene la miel en sus labios, mas en su corazón está tramando cómo dar contigo en la fosa; y si finge socorrerte, te echará la zancadilla.

El enemigo derrama lágrimas de sus ojos delante de ti; pero, si halla ocasión, no se hartará de tu sangre, y si la desgracia te alcanza, le tendrás frente a ti.

No introduzcas en tu casa toda suerte de personas, pues son muchas las asechanzas de los maliciosos.

No admitas en tu casa al corrupto, pues te la revolverá como un torbellino, y te despojará de lo bueno que posees.

Vive lejos del que tiene potestad para hacerte morir, y no andarás asustado por el temor de la muerte.

El alma perversa se pierde a sí misma, será el ludibrio de sus enemigos y se conducirá a la suerte de los impíos.

Capítulo XLVI

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la caridad con el prójimo

Acuérdate de la Ley, de la alianza del Altísimo, y no aborrezcas a tu prójimo, sino perdónale las ofensas.

No mires con desprecio al hombre que se arrepiente de sus pecados, y no se los echas en cara. Acuérdate que todos sois dignos de reprensión.

Echa en olvido todas las injurias recibidas del prójimo, y nada hagas en daño de otro.

Perdona a tu prójimo cuando te agravie, y así, cuando tú implores el perdón, serás también perdonado.

En todas tus acciones, acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás.

Uno conserva encono contra otro, ¿y se atreve a pedir a Dios la salvación? No usa de misericordia con los demás, ¿y se atreve a pedir a Dios perdón de sus pecados? Siendo carne miserable, ¿conserva el enojo y pide a Dios reconciliación? ¿Quién va a tener piedad de sus delitos?

No te dejes llevar de la arrogancia con tu prójimo, no sea que se estelle tu fortaleza a causa de tu desatino, se caigan las hojas del árbol de tu virtud, y quede éste sin frutos, seco y yermo.

Date al temor de Dios, y no estés airado con tu prójimo.

La pez y la resina avivan el fuego, y una riña violenta hace correr la sangre.

Acuérdate de las postrimerías, y no tengas odio a nadie: Porque tu cuerpo se ha de corromper, has de ser juzgado con rigor y hay un castigo eterno para los transgresores de la Ley.

El que desea vengarse, experimentará la venganza del Señor, el cual tendrá exacta cuenta de sus pecados.

No te alegres de la muerte de tu enemigo, pues todos habéis de morir.

No trates mal al siervo que trabaja con fidelidad, ni al jornalero que sacrifica su vida en tu provecho.

Al siervo juicioso ámale como a tu misma alma. No le niegues su libertad, ni le despidas dejándole en la miseria.

Mata al prójimo quien le priva de la subsistencia; y derrama sangre del jornalero el que le retiene injustamente el salario.

Quien quita al prójimo el pan ganado con su sudor, es como el que le asesina.
A nadie reprendas antes de informarte; y, en habiéndote informado, reprende con justicia.

No alabes al hombre por su solo aspecto, ni desprecies a nadie por su sola apariencia exterior; pues, pequeña es la abeja entre los volátiles, pero el fruto de su labor es riquísimo.

Quien se frota los ojos, los moverá a lágrimas; y quien punza rectamente el corazón de su amigo, le moverá a buenos sentimientos.

No dejes de consolar a los que lloran, y haz compañía a los afligidos.

No se te haga pesado el visitar al enfermo; pues por ello se afianzará más en ti la caridad.

Aléjate de las contiendas, y evitarás pecados, porque el hombre iracundo enciende querellas y suscita discordia entre los amigos y siembra enemistades en medio de los que viven en paz.

Antes del fuego sale por la chimenea el humo; así también, a la sangre preceden los insultos.

Capítulo XLVII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la conversión del pecador a Dios

Hijo, conviértete al Señor y deja tus pecados.

Ruega ante la Faz del Señor y enmienda tu vida.

Vuélvete al Señor, y apártate de la iniquidad, y aborrece de corazón todo lo abominable.

Estudia los mandamientos y juicios de Dios, y sé constante en la virtud y en la oración al Altísimo.

Camina por el sendero que conduce a la santidad, en compañía de los que viven en la Gracia y alaban a Dios.

Alaba a Dios durante el tiempo que te quede de vida, y gloríate en su misericordia.

¡Oh, cuán grande es la misericordia del Señor y cuánta su clemencia, para los que a Él se convierten!

No difieras convertirte al Señor, ni lo dejes de un día para otro; porque vendrá de improviso su Ira, y en el día de la venganza acabará contigo.

No te dejes llevar de todo viento, ni camines por una senda cualquiera; porque así es como obra todo pecador de doble corazón.

No tomes parte en el camino errado de los malos.

Hijo, ¿has pecado? No vuelvas a pecar más. Antes bien, haz oración por las culpas pasadas a fin de que te sean perdonadas.

Como de la vista de la serpiente, huye de los pecados; pues, si te acercas a ellos, te morderán. Sus dientes son de león, que matan las almas de los hombres.

Todo pecado es como espada de dos filos; pues, daña al cuerpo y produce la muerte del alma.

Violencia y soberbia aniquilan la hacienda.

Capítulo XLVIII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la caridad, prudencia y vigilancia de sí mismo

Hijo, no hagas el bien a tu prójimo con aspereza, ni acompañes tus dones con malas palabras.

Así como es más aceptable para el hombre el rocío que el rigor del sol, también es más aceptable a tu prójimo la buena palabra que la misma dádiva; pues la palabra dulce vale más que el don.

El hombre justo sabe unir lo uno con lo otro; pero, el necio y el mal educado, da la dádiva con aspereza e improperios, y hace arrancar lágrimas de los ojos del prójimo.

Antes de ser juez de otros, sé tú ejemplo de justicia; y antes de hablar, aprende.

Antes de juzgar de nadie, examínate a ti mismo, para que seas misericordioso con tu prójimo, y halles misericordia en la presencia de Dios.

Antes de que puedas pecar, vigoriza tu debilidad con medicina de salvación; y si por desgracia pecares, conviértete de inmediato.

Nada te impida orar siempre, ni te avergüences de hacer buenas obras hasta la muerte, pues la recompensa de Dios es eterna.

Que tu oración vaya acompañada de profunda humildad, recta intención y verdadera contrición; pues, si no, en vez de alcanzar de Dios la misericordia, provocarás más su Ira.

Acuérdate que vendrá el día final, el día de la Santa Ira de Dios, el tiempo de la retribución, en que Dios apartará su Rostro de los impíos.

Acuérdate de la pobreza en el tiempo de la abundancia, y de las necesidades en el tiempo de las riquezas.

Como cambia el tiempo desde el amanecer hasta la tarde, así todo pasa rápidamente ante los ojos de Dios.

El hombre sabio está siempre alerta, y en el día de la tentación se guarda del pecado.

Del sensato es conocer y aprender más la Sabiduría, y también alabar a quien la halla.

Los que escuchan sabias sentencias, y las ponen en práctica, se hacen sabios y derraman como lluvia proverbios y sentencias sobre los demás.

Hay una sagacidad refinada y maliciosa que no debe confundirse con la prudencia.

Hay quien habla con energía y franqueza exponiendo la verdad, y es reputado por soberbio; y hay quien maliciosamente se humilla, mas su corazón está lleno de engaño, de manera que, en hallando oportunidad en el mal, lo hará.

En el inicuo no hay verdadera prudencia.

El vestir, el reír y el andar, denuncian muchas veces lo que hay en cada ser humano.

Capítulo XLIX

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la salud y la alegría

Más vale el pobre sano y recio de fuerzas, que el rico débil y plagado de males. La salud del cuerpo, acompañada de la santidad y virtud del alma, es mejor que todo el oro y la plata.

No hay riqueza material que valga más que la salud del cuerpo; y no hay más bien como el gozo sano del corazón.

Preferible es una muerte santa a una vida amarga; y el eterno descanso, a una enfermedad duradera; pero mejor es aceptar la voluntad de Dios.

Manjares exquisitos puestos ante una boca cerrada, son como platos de viandas puestos sobre un sepulcro; pues, el muerto ni las comerá ni las olerá: Así es el rico que, a causa de su enfermedad, no puede disfrutar de su riqueza.

No dejes que la tristeza se adueñe de tu alma, ni te aflijas a ti mismo con la melancolía; pues la vida del hombre justo ha de ir acompañada del gozo sano del corazón, ya que la alegría es un tesoro que no falta a la santidad; y el regocijo sano del hombre le hace más llevadera su vida.

Tú, que deseas agradar a Dios, ámate y alegra tu corazón; sé continente, dirige tu alma a la santidad, y arroja lejos de ti la tristeza, porque a muchos ha matado, y para nada es buena.

Capítulo L

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre los médicos y los enfermos

Honra al médico que te trata con rectitud, porque el Altísimo lo puso para cuidar de la salud de tu cuerpo; porque de Dios viene la medicina.

La ciencia del buen médico le dará honra, y será alabado ante los grandes.

El Altísimo es el que cría en la tierra los elementos medicinales e inspira a los hombres la ciencia médica para que la usen con rectitud, y el hombre prudente no ha de desechar las medicinas que le son necesarias.

El Altísimo dio a los hombres la ciencia médica para que le honrasen con los efectos maravillosos que de ella proceden; y, por tanto, es voluntad divina que los hombres conozcan la virtud y eficacia de las medicinas, para curar las enfermedades; pues, con ellas el médico da la salud al cuerpo y calma el dolor, y el boticario las elaborará para que la criatura de Dios no perezca ante cualquier enfermedad.

Por la providencia de Dios, se difunde y se conserva la salud entre los hombres.

Hijo, en tu enfermedad llama al médico, porque el Señor le ha puesto para tu salud, y no le echés de ti pues te es necesario.

Porque muchas veces necesitarás de la asistencia del médico; el cual, si es piadoso, orará al Señor para que te aproveche lo que receta para tu alivio, y te conceda la salud, que es a lo que se dirige su profesión.

Hijo, si tu enfermedad es muy grave, no te impacientes por eso; sino ruega al Señor, limpia tu corazón de toda culpa y llama también al médico; y Dios le iluminará para que te dé los remedios eficaces a tu dolencia.

Capítulo LI

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la verdadera y la falsa vergüenza

Hijos, tened muy en cuenta lo que voy a deciros: Más digno es de estima el que oculta por vergüenza su ignorancia, que el que oculta por vergüenza su sabiduría.

Sed pudorosos conforme a mis sabias enseñanzas; pero, no es laudable ante Dios, avergonzarse de todo ante los hombres, ni todo pudor merece la aprobación divina.

Jamás habéis de avergonzaros:

De profesar, defender y propagar las leyes y enseñanzas divinas, de vivir en castidad en medio de una sociedad corrupta, de ser considerado pobre y de humilde condición, de pronunciar condena contra el impío, de exigir el justo salario a los jefes de trabajo, de hacer valer los derechos de tu herencia, de impedir los fraudes hacia ti y hacia tus prójimos, de reprender y castigar a los hijos rebeldes con justa severidad, de vigilar la honestidad de tus hijas, de reprochar y condenar los malos pasos de tu cónyuge, de tener buenas cerraduras en tu despensa cuando hay manos ladronas, de contar y pesar con fiel balanza cuanto entregares o recibieres, de corregir a los insensatos y a los necios, de defender a los ancianos ante los desprecios y burlas de los jóvenes, de apoyar la legítima autoridad religiosa y civil, así como de todos los demás actos de virtud.

Habéis, pues, de avergonzaros ante los hombres:

De traicionar la Fe, las leyes y las enseñanzas divinas; de incurrir en adulterio y fornicación, de levantar falsos testimonios, de robar y defraudar, de desobedecer a la legítima autoridad religiosa y civil, de cometer injusticia, de incumplir los juramentos y pactos, de faltar a la caridad para con el prójimo, de divulgar los secretos confiados, de calumniar y difamar, de caer en la pereza y holgazanería, de la soberbia y ambición de poder, así como de todos los demás vicios y pecados.

Capítulo LII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre el duelo y culto por los difuntos

Es de corazón noble derramar lágrimas sinceras sobre los difuntos queridos, amortajarlos debidamente y darles piadosa sepultura.

Según los lazos de afecto que te unan con el muerto, haz duelo un día o dos por respeto a su persona; mas, al mismo tiempo, consuélate con la esperanza de que alcanzará el descanso eterno.

No te dejes llevar por la desesperanzada tristeza, porque es propio de paganos; sino ruega por el alma del difunto para que, Dios misericordioso, le conceda la eterna gloria.

Que la presencia del difunto te sirva para meditar en las postrimerías, a fin de mejorar más tu vida.

Piensa en que, al igual que él ha sido juzgado, lo serás también tú, ya que todos habéis de morir y ser sometidos al juicio de Dios.

Tras sepultar al muerto, no te abandones al desconsuelo por su ausencia, pues de nada le aprovecha a él, y a ti te daña; sino que, pensando en su eterno descanso, descanse también en ti su memoria, y consuélate de su partida.

Capítulo LIII

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre otros muchos vicios que ha de evitar el verdadero sabio

Hijo, emplea bien tu tiempo, y evita el mal.

No te avergüences de decir la verdad, por el bien de tu alma; pues, hay vergüenza que conduce al pecado, y hay también vergüenza que conlleva la gloria y la Gracia de Dios.

No tengas miramiento a nadie, si ha de ser en perjuicio de tu alma.

No tengas falsa caridad cuando veas caer a tu prójimo, sino repréndele y exhórtale al bien.

No retengas tu palabra cuando pueda ser saludable a otros, ni encubras tu sabiduría cuando se preste la ocasión en que debes ostentarla para gloria de Dios y edificación del prójimo; pues, en el bien hablar, se da a conocer la sabiduría; en las palabras del hombre sensato, se da a conocer la prudencia, la discreción, la ciencia y la sana doctrina.

La firmeza en la virtud consiste en las buenas obras.

No hagas contradicción a la verdad, sino acéptala de buena voluntad.

No tengas vergüenza de ignorar cosas de la ciencia humana que no son necesarias para tu salvación.

No te avergüences de confesar tus pecados, ni peques por temor o miramiento a nadie.

No tengas acepción por la persona del poderoso.

Lidia por la justicia para el bien de tu alma, y lucha por la verdad hasta la muerte, que Dios peleará por ti contra los enemigos.

No seas precipitado en hablar, ni remiso y negligente en las buenas obras.

No seas en tu casa como un león aterrando y oprimiendo a tus familiares y sirvientes; pero tampoco accedas a los vanos caprichos de ellos.

No esté tu mano abierta para recibir y cerrada para dar.

No hagas mal, y el mal no caerá sobre ti.

Apártate del hombre inicuo, y estarás lejos de obrar el mal.

Hijo, no siembres maldades, y no tendrás que segarlas multiplicadas.

No pidas temerariamente al Señor un trono de gobierno, ni al rey una silla de honor.

No te tengas por justo delante de Dios, porque Él es concedor del corazón; ni tampoco, cerca del rey, quieras parecer sabio a fin de que te dé un buen puesto.

No pretendas ser juez por vana ambición, no sea que no tengas fuerza para reprimir la iniquidad, o te acobardes en presencia del poderoso, y llegues a obrar contra la equidad.

No añadas pecados sobre pecados, porque ni aun por uno solo has de quedar sin castigo.

No seas de corazón pusilánime para obrar el bien, ni abandones tu oración, ni dejes de hacer limosna.

No seas presuntuoso diciendo: *«Dios no mira mi mala o buena conducta, sino las ofrendas que yo le hago, las cuales acepta por ser en gran número y precio»*.

No te burles del desventurado y afligido, porque Dios, que todo lo ve, es el que humilla y ensalza.

No levantes falso testimonio contra tu amigo ni contra tu enemigo.

Guárdate de mentir, y de añadir mentiras sobre mentiras, porque, además de ofender a Dios, no acabarás bien ante los hombres.

No aborrezcas la labranza del campo, ni cualquier otro trabajo digno, por fatigoso que sea, pues Dios quiere que el hombre ore y labore.

No te juntes con los pecadores que rehusan enmendarse; y acuérdate de la Santa Ira de Dios, la cual no tardará.

Humilla cuanto puedas tu espíritu, porque el gusano del remordimiento, el fuego y el hielo, castigarán al impío.

No atices el fuego de la concupiscencia, no sea que te abrasen sus llamas.

No prestes al avaricioso; que si algo le prestares, haz cuenta que lo perderás.

No vayas de camino con el temerario, no sea que sus males caigan también sobre ti, pues él hará según su capricho, y por tu imprudencia perecerás con él.

Con el colérico no tengas pendencia, ni camines con él por lugar solitario, porque a él, en su arrebato, no le importa la sangre; y cuando no haya quien te socorra, puede que te haga pedazos.

Con los necios no consultes, porque ellos valoran sólo las cosas que les complacen; y, además, no podrán callar lo que les hayas dicho.

No descubras tu corazón a cualquier hombre, no sea que te muestre una falsa amistad, y luego se burle de ti y te afrente.

No envidies la gloria y riqueza del pecador, pues no acabará en bien su suerte.

Guárdate de menospreciar al justo porque sea pobre, y guárdate de hacer gran aprecio al pecador porque sea rico.

Capítulo LIV

Exhortaciones de la Divina Sabiduría sobre la muerte del justo y del impío

Todo aquello que de la tierra procede, en tierra se convertirá.

¡Oh muerte, cuán dulce y esperanzadora es tu memoria!: Para el que vive en paz con Dios, y se emplea en obras de virtud; para el que nada valora en esta vida las cosas materiales, y sólo le llena el servicio a Dios y la esperanza de alcanzarlo; para el enfermo que ha perdido en esta vida toda esperanza de salud, y sólo piensa en poder vivir feliz eternamente en la otra; para el muy anciano y lleno de achaques, que, al verse considerado como estorbo por sus hijos y demás familiares, pone su confianza en el premio que recibirá en el Cielo por sus muchos sufrimientos y trabajos.

¡Oh muerte, cuán amarga y desesperada es tu memoria!: Para el ambicioso que pone todo su afán en la adquisición de las riquezas, pensando que en la holgura y en el bienestar está toda la felicidad que se puede alcanzar; para el soberbio que antepone sus caprichosos ideales y erradas convicciones, a la Ley y enseñanzas divinas, alegando que lo único que tiene valor en la vida es su propio criterio y estimación de su persona; para el disoluto que vive entregado a los placeres de la carne, de los manjares y demás concupiscencias y diversiones mundanas, considerando que el deleite sensual es el único fin dichoso alcanzable.

Medita con frecuencia que la muerte ya existía antes que existieras, y que seguirá sobreviniendo a los hombres después que tú dejes esta vida, ya que es sentencia dada por Dios a todos los mortales como castigo al pecado.

¿Por qué inquietarte y rebelarte ante el pensamiento de la muerte? ¿Qué otra cosa mejor podrá acaerte sino lo que fuere del agrado de Dios, ya sea dentro de diez o veinte o cien años?

Piensa que, en la otra vida, no se pide cuenta del tiempo que has vivido en ésta, sino del modo en que has vivido.

¡Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonáis la Ley del Señor y Dios Altísimo! Si no os convertís, cuando muráis la maldición será vuestra herencia.

Los que se obstinan en la impiedad, pasarán de la maldición temporal a la perdición eterna.

La vida mundana se cuenta por días, pero las buenas obras permanecerán para siempre.

Epílogo del Eclesiástico

1. Yo, el Santísimo Profeta Malaquías, después de haber dejado expuestos los documentos de Sabiduría y santa moralidad, os digo: Acercaos a Mí los que carecéis de instrucción, y frecuentad mi escuela para que aprendáis la Divina Sabiduría. ¿Hasta cuándo habréis de carecer de este bien? ¿Qué me respondéis estando vuestras almas ardiendo de sed? Yo abro otra vez mi boca para convidaros de nuevo diciéndoos: Venid a Mí, para que os comunique de balde la Divina Sabiduría, someted a su yugo vuestra cerviz, a fin de que reciba vuestra alma sus sabios consejos; pues la Sabiduría cerca está de quien la desea, y el que la busca la hallará. Oíd mis instrucciones, cuanto más podáis, y poseeréis bienes que sobrepujan a cualquier otro tesoro. Consuélese vuestra alma con la misericordia de Dios y glorificadle, pues alabándole a Él nunca quedaréis confundidos. Obrad conforme a la Divina Sabiduría antes que el tiempo pase, para que luego Dios os dé eterna recompensa.

2. Glorificad al Dios Altísimo, con esta oración de alabanza: *«Te glorificaré, oh Señor y Rey mío, a Ti alabaré, ¡oh Dios Salvador mío!; gracias tributaré a tu nombre, porque Tú eres mi auxiliador y mi protector, y libras mi alma de la perdición, del lazo de la lengua maligna y de los labios que urden mentira, manifestándote mi defensor delante de mis enemigos. Por tu gran misericordia, me libras: De los enemigos infernales que me asechan y rugen para tratar de*

devorarme, del poder de los que atentan contra mi vida, de las muchas tribulaciones que me acosan, de la asfixia de las llamas de mis pasiones que me envuelven. Cuando mi alma se ve al borde de la muerte, me vuelvo a todas partes y no hallo ayuda ni socorro humano; y por eso confiadamente vuelvo mis ojos a Ti, acordándome, ¡oh Señor!, de tu misericordia, de tu modo de obrar desde el principio del mundo y de cómo salvas a los que en ti esperan con paciencia, y los libras de los enemigos. Siempre que te invoqué, oh Señor y Padre mío, no me desamparaste en el tiempo de la tribulación. Por lo tanto, alabaré, sin cesar tu Santo Nombre, lo celebraré con acciones de gracias, lo glorificaré y lo bendeciré, por los siglos de los siglos. Amén. ¡Aleluya. Aleluya. Aleluya!»